El hombre que asesinó

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DE

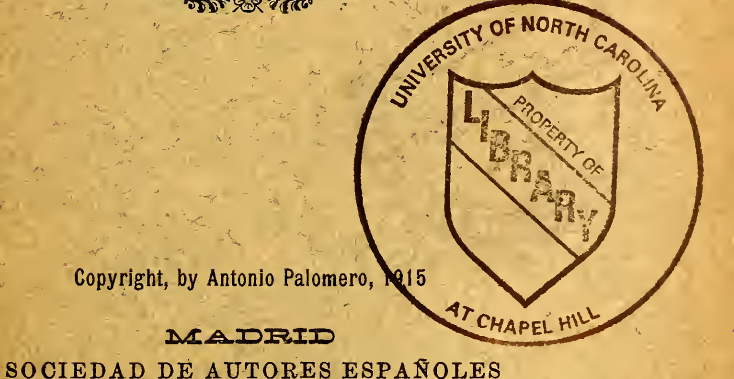
PIERRE FRONDAIE

inspirado en la novela del mismo título de

CLAUDE FARRÉRE

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

ANTONIO PALOMERO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

EL HOMBRE QUE ASESINÓ

EL HOMBRE QUE ASESINÓ

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DE

PIERRE FRONDAIE

inspirado en la novela del mismo título de

CLAUDE FARRÉRE

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

ANTONIO PALOMERO

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche de 25 de Enero de 1915

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LADY FOLKLAND........	SRA.	GUERRERO.
FANNY..................	SRTA.	RUIZ MORAGAS.
LA CONDESA DE SERVANGE...............	SRA.	SALVADOR.
LA BARONESA DE KERLOFF..................	SRTA.	LEÓN.
JORGE....................		HERMOSA.
UNA DONCELLA..........	SRA.	JUANDÉS.
EL MARQUÉS DE SEVIGNÉ.................	SR.	DÍAZ DE MENDOZA (F.)
MEHMED PACHÁ.........		THUILLIER.
EL PRÍNCIPE CERNUWITZ..................		DÍAZ DE MENDOZA (M.)
ARCHIBALDO FOLKLAND		JUSTE.
TARRAIL.................		MANCHA.
ATICH ALÍ..............		CIRERA.
FERGER		GUERRERO.
CRIADO 1.º.............		URQUIJO.
IDEM 2.º.		COVISA.

La acción en Constantinopla.—Epoca actual

Advertencia á los Directores de compañías

En caso de necesidad, por carecer del decorado que marcan las acotaciones, puede ponerse en escena la obra con una decoración de jardín para el primer acto y dos decoraciones de sala para el segundo, el tercero y el cuarto.

También puede prescindirse de los uniformes, vistiendo *Mehmed Pachá* y *Atich Alí*, de levita negra cerrada, cubiertos con fez encarnados.



ACTO PRIMERO

Un rincón del jardín de la casa de Archibaldo Folkland, situada en la costa europea de Constantinopla.

A la izquierda un pabelloncito, algo deteriorado, una de cuyas fachadas mira al canal.

A la derecha, bastante distanciado, el cuerpo principal del edificio, al que da acceso una escalinata.

Para salir del jardín al Bósforo hay una verja, y detrás de ella un desembarcadero. Es una hora avanzada de la noche.

En la lejanía se ven las luces de las casas de la ribera opuesta.

Al levantarse el telón salen de la casa, que aparece muy iluminada, dos jóvenes: Ferger y Tarrail; éste de uniforne.

ESCENA PRIMERA

FERGER y TARRAIL

Fer. Se acabó la recepción. ¿Tú has venido en caique?

Tar. Sí. Y mientras los demás invitados toman sus respectivos coches, nosotros nos iremos por el Bósforo en esa barca ligera como una pluma. Creo que no seremos los únicos, porque el coronel de Sevigné también ha traído su caique.

Fer. ¿Quién es el coronel de Sevigné?

Tar. El agregado militar de Francia. ¡Si ya te lo he dicho!

Fer. Ah, sí; es verdad.

Tar. Vamos á esperarle. No me quiero marchar sin despedirme.

Fer. ¿Es jefe tuyo?

Tar. Jefe precisamente.. Yo soy oficial de marina, agregado en el estacionario francés. El marqués de Sevigné es coronel del ejército. (Se sientan.)

Fer. Chico, si no te llego á encontrar, me divierto. Eres un guía admirable.

Tar. ¡Vaya una sorpresa! No nos habíamos vuelto á ver desde que éramos estudiantes. Te dejé en un reparto de premios, y te encuentro diez años después en Constantinopla, en casa del director de la Deuda otomana.

Fer. Ya te he dicho que estoy en tren de dar la vuelta á Francia... La vuelta á Francia, á través del extranjero; de embajada en embajada. Esta es una idea que se le ocurrió al director de mi periódico.

Tar. ¿Y cómo te has dedicado al periodismo?

Fer. Es un oficio como otro cualquiera. ¡Quiero verlo todo! El día menos pensado me tienes de corresponsal en campaña. Aquí llegué hace dos días, y el embajador, que me recibió amabilísimamente, me ha dado uua invitación para el baile de mañana; pero como me urgía ponerme en contacto con el mundo diplomático, intrigué lo indecible para venir esta noche á casa del director de la Deuda otomana. Y si no te encuentro, me hubiera aburrido como una ostra; porque no conozco á nadie.

Tar. Yo te guiaré también mañana en la Embajada.

Fer. ¡Buena posición esta de director de la Deuda! ¿Verdad?

Tar. ¡Una posición de primera! ¡Figúrate! Turquía debe dinero á toda Europa; de modo que aquí, en Constantinopla, el director de la Deuda otomana ejerce la alta inspección de los millones europeos. Archibaldo Folkland es una fuerza, y creo que él lo sabe perfectamente.

Fer. ¿Es siempre un inglés el director de la Deuda?

Tar. No. Ahora es inglés, por casualidad; pero también puede serlo un francés.

Fer. Será también muy rico por su casa.

Tar. No lo sé. Puede que sí, puede que no. De todos modos, maneja muchísimo dinero. Es un hombre temible.

Fer. ¿No es aquél?

(Señala con la mirada á un hombre hercúleo y sanguíneo, que habla familiarmente con otro delgado y rubio, muy elegante y distinguido.)

Tar. Sí, él es. Y el que le acompaña, es el príncipe Cernuwitz, agregado á la Embajada de Rusia.

Fer. Es buen tipo.

Tar. Sí. Tiene mucho partido entre las mujeres. Una gran reputación de hombre de *esprit*, atrayente y encantador.

Fer. ¡La gracia eslava!

Tar. No cabe duda: existe.

(Una mujer se reune con Archibaldo y Cernuwitz.)

Fer. ¿Y esa mujer alta y delgada que tiene un aspecto inquietante?

Tar. ¿La mujer que se ha colgado del brazo de Archivaldo Folkland?

Fer. Sí. ¿Es su mujer?

Tar. No; su amante. Se llama Fanny, y vive aquí, en la casa. Ya te contaré esa historia. La mujer legítima, lady Folkland, es una criolla; muy linda, muy digna y creo que bastante desgraciada, aunque no lo aparenta. Allí la tienes. El que está á su lado es el coronel de Sevigné, de quien te acabo de hablar.

Fer. ¿Marqués?

Tar. Sí; marqués de Sevigné, coronel de la República.

Fer. Oye, oye; todos se vienen al jardín.

Tar. Esto quiere decir que la recepción ha terminado por completo, y que no quedan aquí más que los íntimos. Vámonos después de saludar á lady Folkland.

Fer. ¿Quienes son esas otras dos señoras?

Tar. ¡Vaya si eres curioso!

Fer. Dispensa, chico, es mi oficio; periodista.

Tar. Una es la condesa de Servange, que vive en Constantinopla desde que se murió su ma-

rido, el ministro. Es la íntima amiga de lady Folkland. La más joven es la baronesa de Kerloff, una mujer muy guapa y muy escéntrica. Su esposo es un general viejo, que no sale de casa por la noche. ¿Quieres algo más? Vamos.

(Se lleva á Ferger al grupo compuesto de lady Folkland, Sevigné y la condesa de Servange. Cernuwitz ha abandonado á Archibaldo y Fanny y está con la baronesa.)

ESCENA II

TARRAIL, FERGER, SEVIGNÉ, LADY FOLKLAND, FANNY, ARCHIBALDO, CERNUWITZ, la CONDESA DE SERVANGE, la BARONESA DE KERLOFF

Sev. (A lady Folkland.) Conoce usted al teniente Tarrail?

Lady Hace algún tiempo. Me lo presentaron en la Embajada francesa.

Tar. Antes de despedirme, permítame usted, señora, que le presente á mi amigo Enrique Ferger, joven periodista, recién llegado de Viena.

Fer. (Besándole la mano.) ¡Señora!

Sev. (A Tarrail.) Usted ha venido en un caique, como yo, ¿verdad, Tarrail?

Tar. Sí, mi coronel. ¡Nada de coches prosaicos! El Bósforo es un camino delicioso.

Lady Le acompañaremos hasta el embarcadero.

Sev. Yo me voy también.

Lady Espérese usted un poco, Sevigné.

(Lady Folkland, Sevigné, Tarrail y Ferger se marchan pausadamente por la verja.)

Bar. (A Cernuwitz.) Vamos á ver, príncipe; usted que es un especialista, respóndame á esta pregunta: ¿qué es el amor?

Cer. (Riendo.) ¡Por Dios, señora! ¿Quién puede saberlo mejor que usted?

Bar. (Riendo.) ¡Usted!

Cer. ¡Supongamos que yo también lo sé!... El amor es una equivocación entre un caballero y una señora.

Cond. ¿Qué está usted diciendo?

Cer. Sí, sí... Una equivocación que se prolonga; porque tan pronto como el caballero sabe á qué atenerse con respecto á la señora, y la señora con respecto al caballero...

Bar. Qué horror!

Cond. No le creí á usted tan cínico, Cernuwitz.

Cer. ¿Cínico yo? ¡Oh, no! Al contrario; sentimental... Soy de lo más sentimental del mundo. Pero vuelvo á la cuestión, y me explico: el amor es el triunfo del abuso de confianza.

Bar. ¡Qué disparate!

Cer. ¡Nada de eso! Fíjese usted. (Los tres se alejan un poco.)

Arch. Este Cernuwitz es un hombre admirable. Adivina que deseamos estar solos.

Fanny ¿De qué hablábais cuando yo llegué?

Arch. Me contaba que ha jugado esta noche y que también ha perdido.

Fanny Empieza á costarte un poco caro. (Gesto de Folkland.) Pero tienes razón, es un hombre admirable.

Arch. (La coge una mano que besa con pasión.) ¡Fanny, Fanny!... No sé lo que siento cuando estas á mi lado.

Fanny Yo también soy feliz. Pero tiemblo de furor y de celos al acordarme de que tu mujer...

Arch. Mi mujer, ¿qué? ¿No te he concedido todos los derechos, hasta sobre mi hijo?

Fanny Su madre sería incapaz de hacerle un hombre. Ya ha cumplido siete años y es hora de pensar en educarle, en dirigir su vida. No olvides que es el único heredero de tu nombre.

Arch. Es verdad. Y no basta repetirle que su padre es rico y poderoso; es preciso que sepa también qué sangre corre por sus venas, y que su nobleza vale tanto como la de los lores.

Fanny Si cuentas con tu francesa para inspirarle el orgullo de tu raza... Ahí estaba, con el coronel de Sevigné y la condesa de Servange. No parecía muy triste, ¡cosa rara! y hasta creo que se reía, sin duda porque me vió muy cerca. Pero al mismo tiempo tenía ese aspecto de abatimiento y de cansancio que

me causa tanto desprecio... ¡Qué aire de víctima!... ¡Pobre de ti, Archibaldo, si no me tuvieses á tu lado!... ¡Qué abismo entre tu mujer y tú!

Arch. Demasiado sabes, Fanny, que tú eres mi verdadera esposa.

Fanny Sí; pero hay que acabar con la otra.

Arch. ¡Fanny!

Fanny ¡Me estorba, me estorba! Desde que tú y yo nos comprendimos, sólo tengo una idea fija: mi rival debe desaparecer... Sobre todo en noches como esta, cuando tus salones se llenan de gente distinguida... Me parece que todo el mundo conoce nuestro secreto, pero bien veo que yo no soy lady Folkland, que ella me roba mi puesto, que recibe todos los honores que á mí nadie me rinde... Hay que obligarla á que se divorcie... Oblígala, sí... Sabe que me quieres, vive humillada por nosotros, que la desafiamos constantemente, y no tiene una protesta, ni siquiera un amante que la consuele. ¡Es preciso que lo tenga!

Arch. Ten cuidado.

(Vuelve lady Folkland con el coronel de Sevigné.)

Lady (Al grupo de Cernuwitz, la Baronesa y la Condesa.) ¿Qué hacen ustedes en ese rinconcito?

Bar. Hablábamos del amor.

Lady Siempre el mismo tema.

Cond. Ellos son los que discutían. Yo estoy aquí de tercero en discordia.

Cer. La Baronesa calumniaba al amor, y yo le defendía con todas mis fuerzas.

Bar. ¡Y á eso llama usted defenderle!

Lady Pero, vamos á ver: ¿qué es lo que usted decía?

Cer. No me obliguen ustedes á darles ahora una conferencia... El amor varía, según la mujer á quien se ofrece.

Cond. Y varía también de una generación á otra, ¿verdad, Sevigné? Usted, por ejemplo, que me amaba en otro tiempo...

Lady ¡No me ha dicho usted nada!

Sev. Es rigurosamente exacto.

Cond. Era un enamorado sentimental. ¡Un cadetillo!

Sev. No, no; yo era teniente.

Cond. Y yo una muchachita. ¡Hace ya tantos años! Me escribía unos versos muy románticos... Después yo me casé...

Sev. Yo ascendí á capitán.

Cond. Y nos hemos vuelto á encontrar aquí, yo viuda, él coronel... ¡Y se acabó la historia! (Archibaldo y Fanny, se levantan y se alejan.)

Bar. (Dirigiéndose á ellos.) ¿Se marchan ustedes?

Fanny (Con audacia.) A mí no me gusta hablar de amor en público. (Una pequeña pausa.)

Bar. ¿Qué hora será?

Lady ¿Tiene usted prisa?

Bar. Sí, sí; me marcho. Acompáñeme usted, Cernuwitz.

Cer. Hasta el coche. Con mucho gusto. (Mutis los dos.)

Lady Yo voy un momento á ver cómo duerme mi pequeño. Le tengo en el cuarto de la institutriz, porque estaba un poquito febril. ¿Me permiten ustedes? Vuelvo en seguida. (Mutis.)

ESCENA III.

SEVIGNÉ. La CONDESA DE SERVANGE

Cond. (Sonriendo.) Ahí tiene usted lo que son las confidencias sobre el pasado. ¡Nos dejaron solos!

Sev. Ya, ya... ¡Esto es un complot!

Cond. Tranquilícese usted, que nuestra amiga no tardará en volver; y los otros... cuanto menos los veamos, mejor ¿no lo cree usted? ¿Qué le ha parecido la insolencia de Fanny? Es escandaloso el poder que tiene en esta casa. Y yo la creo capaz á esa aventurera de todas las barbaridades.

Sev. ¿No es prima de Archibaldo Folkland?

Cond. Sí. Quedó huérfana y la educó en Escocia su hermano mayor, que la tuvo que poner de patitas en la calle porque le hizo no sé qué atrocidad; un chantage, me parece. Y en la calle estaría, ó sabe Dios dónde, si no la hubiera recogido Lady Folkland, que es la bondad personificada. Y ahí tiene usted

el pago de la caritativa acción: Fanny, procuró en seguida embaucar á Archibaldo.

Sev. ¡Ya, ya!

Cond. ¡La ley del contraste! Ese hombretón fuerte y colorado, enloquece por esa escocesa pálida y delgada que le domina. Eso sí; es muy guapa... Y capaz de todo, se lo repito á usted. Nuestra desventurada amiga está en peligro. Esos dos miserables la robarán su nombre, su fortuna y su hijo.

Sev. ¿Que la robarán todo? ¿Cómo es eso? ¿Qué pueden ellos hacer contra lady Folkland? Nada, nada; absolutamente nada. Al contrario, ella es la que puede echar á Fanny de su casa.

Cond. Usted no conoce á Archibaldo Folkland. Es hombre que ante nada se detiene, para conseguir lo que necesita. Con el poder que le presta su cargo, obtendrá el divorcio contra su mujer en las condiciones precisas. Quiere desembarazarse de ella, ya que no puede matarla. Archibaldo es un personaje de drama, que busca un recurso de comedia. Y lo encontrará; ya verá usted si lo encuentra.

Sev. A mí, sin embargo, me parece que la víctima se puede defender. Con que les acechara un poco; con que se enterase de lo que ocurre en su casa y lo hiciera constar oficialmente... ¡Es usted demasiado pesimista!

Cond. La pobrecilla no tiene energía para eso. Ella no sabe espiar. Ni siquiera se hubiera dado cuenta de lo que pasa, si la otra tuviera un poco de pudor. Está llena de prejuicios, en este caso peligroso. Es una de esas criaturas incapaces de esgrimir un arma, ni aún contra los asesinos.

Sev. ¡Caramba! ¡No haría yo lo mismo!

ESCENA IV

DICHOS. FANNY y ARCHIBALDO, que vuelven y se detienen ante la Condesa de Servange

Fanny ¿Están ustedes hablando de nosotros?

Cond. ¿Por qué dice usted eso?

Fanny ¡Qué sé yo!... ¡Me lo había figurado!... ¿No es cierto, señor de Sevigné?

Sev. Exactísimo. Hablábamos de Inglaterra, á propósito de un viaje de la Condesa. Precisamente cuando usted ha llegado me refería algunos interesantes pormenores de Escocia. ¿Usted ha vivido allí, verdad?

Fanny ¡Ah, ah! Hablaban ustedes de Escocia. Esta noche viaja todo el mundo con el pensamiento. Nosotros hablábamos de España; el país de Don Quijote y de los amigos complacientes. Continúen ustedes su interesante conversación. Vamos, Archibaldo. (se alejan.)

ESCENA V

La CONDESA DE SERVANGE. SEVIGNÉ

Cond. ¿Pero está usted loco, Sevigné? ¿Por qué le ha dicho usted eso? Ya habrá usted visto que ella lo ha comprendido perfectamente.

Sev. Sobre todo, he visto sus ojos más acerados que nunca. No sé lo que me ha ocurrido. Me acometió un invencible deseo de decir á esa mujer que no la tengo ningún respeto, y que estoy enterado de su vida y milagros... Además, soy lo bastante amigo de lady Folkland para no luchar con su rival, siempre que se me presente ocasión. ¡Don Quijote!... ¡Es posible! Esto es un poco de quijotismo.

Cond. Ha sido una imprudencia. El marido estaba delante, y ahora le echará la culpa á su mujer.

Sev A mí es á quien ha debido dirigirse.

Cond. ¡Vamos! Ya ha visto usted que se hizo el desentendido. Fue una torpeza, se lo aseguro á usted. (A lady Folkland, que vuelve.) Llegas á tiempo. Oye.

ESCENA VI

DICHOS; LADY FOLKLAND

Lady ¿Qué pasa?

Sev. La Condesa me regañaba, porque parece ser

que estuve un poco insolente con su primita de usted.

Lady Hizo usted muy bien.

Sev. (Triunfante.) ¡Ah!

Cond. No faltaba más que eso: tu aprobación... Son ustedes muy parecidos. Dos imprudentes, que solo se diferencian en la acometividad de que tu careces y que á usted le sobra. Y voy á sermonearles un poquito. Están ustedes haciendo lo que harían dos enamorados... sin estar enamorados, que es lo más gracioso.

Lady (Sonriendo) ¿Pero por qué dices eso? Somos dos buenos amigos.

Cond. Dos amigos que salen juntos por esas calles, sin temor á que los vea la gente... ¿Qué es eso de recorrer Stambul, cogiditos del brazo?

Sev. Lady Folkland es mi guía en la vieja ciudad, que conoce divinamente.

Cond. ¡Para provocar una catástrofe!

Lady ¡Una catástrofe!... Por la bella Stambul solitaria, y tan grande que no se acaba nunca, trotamos como potros salvajes, sin rumbo y sin objeto... Son los únicos momentos en que me hago la ilusión de ser libre, de haber roto mis cadenas. Esta ilusión bien vale la pena de arriesgar algo. Y después de todo, ¿qué es lo que arriesgo?... ¡Una catástrofe! ¡Una catástrofe!

Cond. Sí; porque el dia que un espía de tu marido te encuentre por esos sitios del brazo de un hombre, ya puedes prepararte á un escándalo que le dé motivo á pedir el divorcio.

Lady ¡Es posible! Quizá sea el peligro lo que me seduzca. Yo no tengo conciencia de mi dignidad de mujer libre, sino á fuerza de valor inútil y de voluntaria temeridad... No me pidas prudencia... (La Condesa se dispone á salir.) ¿Dónde vas?

Cond. En busca de mi abrigo. No quiero seguir moralizando. ¿Me llevará usted en su caique, Sevigné?

Sev. Con mucho gusto.

Cond. (A lady Folkland que hace intención de acompañarla.) No te molestes; me arreglaré yo sola. (Mutis hacia la casa.)

ESCENA VII

LADY FOLKLAND y SEVIGNÉ

Lady Es muy lindo su caique, Sevigné.

Sev. Sí; muy lindo y muy ligero. Es un regalo de Mehmed pachá.

Lady Verdad, que son ustedes muy amigos... ¡Gran personaje! Jefe superior de palacio.

Sev. Y el hombre de confianza del Sultán. Con él iba yo, precisamente, paseando en su caique, cuando la ví á usted por vez primera deslizándose tranquilamente por las Aguas Dulces... ¿Recuerda usted? Yo nunca olvidaré aquel atardecer maravilloso; el sol se hundía tras las colinas de Europa, y flotaba en el ambiente una infinita dulzura. Contemplaba usted amorosamente á su hijito, y en sus labios florecía una sonrisa triste... Mehmed Pachá me dijo quién era usted, y cómo se llamaba, y sentí verdadero deseo de conocerla.

Lady Hace ya tres meses.

Sev. Justamente. Recién llegado yo á Constantinopla.

Lady A los pocos días nuestra amiga me le presentó en la embajada francesa... ¿Es verdad que estuvo usted enamorado de ella?

Sev. Sí señora.

Lady ¡Es muy guapa! ¿Por qué no se casa usted con ella, ahora que está viuda? Se lo digo á usted formalmente, porque la quiero mucho. La conocí siendo yo una niña, en mi tierra; en la isla de la Reunión, donde su marido estaba de Residente. ¡Entonces yo también era muy feliz! Allí estuvimos juntas mucho tiempo, y al cabo de los años me la volví á encontrar aquí. ¡Figúrese usted mi alegría! Antes de conocerle á usted, la de ella era mi única amistad. Ahora tengo dos. Sin que sepa explicármelo, desde el primer momento me ha inspirado usted confianza. Somos ya dos antiguos amigos.

Sev. Voy á decirle á usted una cosa que no he

confesado ni siquiera á nuestra amiga. El día que le fuí presentado estuve buscándola á usted para despedirme al terminarse la recepción en la embajada. La encontré por fin en un saloncito, sola, inmóvil en una butaca, y tan abstraída, que no se dió usted cuenta de que me aproximaba. ¡Tenía usted los ojos llenos de lágrimas! Entonces me pareció que la iba á robar un secreto, retrocedí sigilosamente y volví poco después, haciendo ruido para que tuviera usted tiempo de reponerse... La rogué que me permitiera usted ofrecerle en su casa mis respetos y á los tres días le hice mi primer visita.

Lady (Sonriendo.) Y yo acepté su proposición de guiarle por la vieja Stambul, lo que tanto le asusta á nuestra amiga.

Sev. Yo le estoy á usted muy agradecido por esa prueba de confianza. Bien es verdad que mis cabellos grises son una garantía.

Lady ¿Qué está usted diciendo?

Sev. Lo que usted hace un momento... ¿Por qué vamos á negar el privilegio de los cabellos grises?... Seguramente no se hubiera usted arriesgado á ser mi guía hace veinte años.

Lady Hace veinte años yo no conocía Stambul. ¡Mal hubiera podido guiarle! (Se ha levantado y da algunos pasos.) ¿A usted le gusta mucho Stambul?

Sev. (Con gravedad.) ¡Me entusiasma! Si en vez de confinarme en la monotonía de una existencia moderna, me hubiese concedido el Destino la vida tumultuosa de un héroe de tragedia, al encontrarme un día ya viejo y dolorido, cansado de emociones y de aventuras, creo que hubiera venido á Stambul á reposar y á morir.

Lady (Pensativa.) Le comprendo á usted perfectamente.

Sev. (Señalando el pabellón de la izquierda.) ¿Ese es el pabellón donde usted duerme?

Lady Sí. Precioso dormitorio, ¿verdad? Es un pabellón destartalado que sólo se utiliza para guardar el caique en el piso bajo. Yo me he apoderado de la rotonda de arriba huyendo del escándalo que dan en la casa Fanny y

mi marido. Durmiendo ahí no me entero de nada... No crea usted que no he tardado en acostumbrarme. Al principio tenía un poco de miedo... Pero ahora... ¡Es delicioso!... Sobre todo cuando abro la ventana que da al Bósforo, y me siento arrullada por el rumor del agua y el batir de los remos y los gritos y las canciones lejanas... ¡Me parece volver á las noches de mi niñez!

Sev. Pero quedarse ahí, sola...

Lady ¿Qué voy á hacer? He querido tener conmigo á mi hijo y su padre no me lo ha consentido.

Sev. ¡Dormir en ese pabellón!... Me parece una imprudencia...

Lady No lo crea usted. Yo no tengo miedo á los ladrones. Y además, ¿á qué iban á venir?

Sev. Sin embargo... Yo he visto muchas veces esa ventana que da sobre el Bósforo... Sería muy fácil escalarla. (Cernuwitz, que vuelve de la casa, se les aproxima.)

ESCENA VIII

DICHOS, CERNUWITZ. Luego la CONDESA DE SERVANGE

Lady (A Cernuwitz.) ¿Usted de vuelta? Creí que se había usted marchado con la Baronesa de Kerloff.

Cer. Por Dios, señora...

Lady Vamos, no disimule usted. La Baronesa es muy guapa.

Cer. Demasiado alegre y demasiado curiosa.

Lady ¿Y no le gusta á usted eso?

Cer. Yo amo el misterio y la melancolía. (Vuelve la Condesa de Servange.)

Cond. ¿Nos marchamos, Sevigné?

Sev. Señora: yo, mis remeros y mi caique, estamos á su disposición.

Lady ¿Se va usted también embarcado? (A Cernuwitz.)

Cer. No, no... Yo he venido en coche. (Mutis por la verja Sevigné, la Condesa y Lady Folkland. Cernuwitz queda un momento solo, hasta que vuelven Fanny y Archibaldo.)

ESCENA IX

FANNY, ARCHIBALDO, CERNUWITZ

Fanny Ella tiene pocos amigos, pero esos pocos bien los cultiva... Creí que no se marchaban nunca.

Arch. Ah, Cernuwitz...

Fanny Te dejo con él... No tardes. (Mutis por la casa.)

Arch. (A Cernuwitz, que acaba de tirar su cigarro.) ¿Un cigarrillo?

Cer. Gracias.

Arch. Vamos á ver, Stanis... ¿Qué fué eso de anoche?

Cer. ¿De anoche?... Nada.. ¡Ah, sí!... En Terapia. En el bar.

Arch. Armaste un escándalo. Le tiraste al encargado una botella á la cabeza.

Cer. ¡Bah! ¡Una botella en la cabeza de un judío! ¡La tienen muy dura! Todo fué porque no le he pagado á su hermano unos cuartos... ¡Granujas!... ¡Hay que tratarlos á puntapiés!

Arch. Eres poco razonable, Stanis. ¡Pedir dinero á los criados!

Cer. ¿Y á quién se lo voy á pedir? ¿A mis amigos? ¡No tengo ninguno!

Arch. Ya sabes que aquí estoy yo...

Cer. No hay que abusar, querido... Tú me das instrucciones para mis jugadas de Bolsa, y á ti te debo el crédito y las ganancias. ¡Ya es bastante!... Pero cuando hago alguna tontería y necesito quince ó veinte luises, se los pido á un criado.

Arch. Haces mal, Stanis.

Cer. ¿Qué quieres? El juego me arruina. (Vuelve Fanny.)

Fanny ¿Tú has dispuesto que tu hijo duerma en el cuarto de la institutriz?

Arch. Yo, no.

Fanny Entonces, ha sido ella. Ahora lo sabremos. (Vuelve Lady Folkland. Cernuwitz se aleja insensiblemente.)

ESCENA X

ARCHIBALDO, FANNY, LADY FOLKLAND

Fanny (A Lady Folkland.) ¿Has determinado tú que duerma el niño en el cuarto de la institutriz?

Lady ¿Mi hijo? Sí. He creído que allí estaría mejor.

Fanny Olvidas lo que tiene mandado su padre. (A Archibaldo.) Ya recordarás que acordamos que Jorge durmiera solo en una habitación.

Arch. En efecto, sí.

Lady Esta noche tenía un poco de fiebre y me ha parecido preferible que duerma alguien á su lado.

Fanny Es que mi cuarto está junto al suyo.

Lady Es que también me ha parecido preferible que no esté muy cerca de tu cuarto.

Fanny ¿Qué quieres decir con eso?

Lady (Pretendiendo retirarse á su pabellón.) No quiero decir nada. Dejemos esto; te lo ruego.

Fanny Lo que debes dejar son tus insolencias.

Lady (Dominándose.) ¿Te atreves á decirme á mí?... Decididamente eres una mujer... muy correcta. (Trata de marcharse nuevamente.)

Arch. ¡María!

Fanny Déjala que diga lo que quiera... Ese es el resultado de sus conferencias con la Condesa de Servange y el Marqués de Sevigné. Pero aquí lo importante es que tus órdenes se cumplan. Tu hijo tiene miedo de dormir solo en su cuarto; razón de más para que duerma en él. Este es un aprendizaje de energía. Claro es que su madre no es de esta opinión; pero tú, sí; y yo, también.

Lady ¿Dónde quieres ir á parar?

Arch. Probablemente en que no des ninguna orden sin consultarme. No me obligues á prevenir oficialmente á los criados. En esta casa no manda nadie más que yo. Tenlo por entendido... Fanny; que despierten á la institutriz y se lleven al niño á su cama de costumbre.

Fanny Como sabía que ese era tu deseo, ya lo he ordenado.

Arch. Has hecho bien. (A su mujer, que palidece y se apoya instintivamente en una silla para no caerse.) ¿Tienes algo que decir?

Lady No, nada.

Arch. Por ahí has debido empezar. Y no tomes ese aire de víctima. Ya sabes que eres libre. Si esto no te agrada...

Lady Sí, sí... Estoy dispuesta á marcharme, mañana, ahora mismo, con mi hijo.

Fanny (Burlona.) ¡Naturalmente!

Arch. (Brutalmente á su mujer.) ¡No digas tonterías! El niño se quedará conmigo, ya lo sabes.

Lady Entonces, yo también.

Fanny (A media voz.) ¡Es un chantage!

Lady Tú lo has dicho. ¡Un chantage!

Arch. ¡Basta, basta!

Fanny ¡Déjala que hable! Sin duda es una alusión.

Lady A la época que te recogí en mi casa; has pensado perfectamente.

Arch. (Amenazador.) ¡María!

Fanny No te disgustes, Archibaldo. Ella puede decir lo que quiera, que yo ya sé á qué atenerme. (A Lady Folkland.) Esperabas que yo te sirviera de señora de compañía, ¿verdad? Era un cálculo muy bonito y muy delicado.

Lady ¡Delicado, no! Ya sabes que tienes tú toda la delicadeza de la familia.

Arch. (A las dos.) He dicho que basta. Fanny, haz el favor de retirarte. (Mutis Fanny por la casa.) Y tú piensa lo que quieras; pero que no vuelva yo á oirte una palabra más. (Mutis por la casa. Lady Folkland queda llorando. Cernuwitz, que ha visto desde lejos lo más violento de la escena, se le acerca.)

ESCENA XI

LADY FOLKLAND y CERNUWITZ

Cer. Lo he oído todo, todo.

Lady ¿Lo ha oído usted?... ¡Son unos cobardes! ¡Son unos cobardes!

Cer. Pero no llore usted. Sus lágrimas son inútiles. Eso ya no tiene remedio.

Lady ¿Y qué voy á hacer? ¡Quieren robarme mi hijo! ¡Quieren robarme mi hijo!

Cer. ¡Es usted muy desgraciada! Necesita usted alguien que la ampare... No olvide usted lo que la he dicho tantas veces, María... Escuche usted mis palabras y mis súplicas.

Lady ¿Sería usted un hombre capaz de defenderme?

Cer. ¡Yo soy un hombre capaz de quererla á usted mucho! (Lady Folkland se dirige lentamente á su pabellón. Cernuwitz se queda contemplándola.) (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

En casa del Marqués de Sevigné. Salón á la turca, en ángulo, con una puerta en arco al fondo derecha, que descubre otro salón, y una ventana grande á la izquierda. Otra puerta pequeña. Son las dos de la tarde. Fuera luce un sol espléndido.

ESCENA PRIMERA

SEVIGNÉ, MEHMED PACHA, ATICH ALI y TARRAIL. Todos con sus uniformes respectivos.

Atich Este almuerzo me ha rejuvenecido. Sentarse á la mesa de un francés, de un francés de abolengo como usted, es algo así como encontrarse en Francia. No olvide usted que yo estuve agregado á su ejército, en Fontainebleau. Hace ya muchos años. En 1278; es decir, en 1860, como ustedes cuentan.

Sev. Mi país ha cambiado un poco; pero los árboles de Fontainebleau siguen tan espléndidos.

Atich (Alegremente.) Yo creo que los reconocería. A ellos, sin embargo, no les sería fácil recordar mi juventud de entonces ante mis barbas blancas y mis ojos cansados. (A Mehmed Pachá.) Precisamente á mi vuelta fué cuando nos conocimos.

Mehmed Yo acababa de entrar en el ejército, y tuve el honor de servir á sus órdenes.

Atich Es verdad; pero ha hecho usted más carrera

que yo. Y con justicia. (A Sevigné.) Estamos delante del primer soldado de Turquía, señor de Sevigné.

Mehmed ¡Por favor, señores!... ¡Hoy se han confabulado mis amigos contra mí!

Tar. ¡Oh, mi general! Yo también, oficial extranjero, puedo atestiguarlo. Ayer mismo nos ha ofrecido usted un ejemplo admirable.

Atich He aquí sobre su pecho nuestra suprema condecoración, que nos lo recuerda.

Mehmed Demasiados brillantes, por nada. La bondad de Su Majestad ha sido excesiva.

Sev. ¡Nada de eso! Un regimiento entero que se subleva á dos pasos de palacio, y usted que cae como un rayo sobre los sublevados, matando al coronel culpable bajo el fuego de sus propios soldados, expuesto á morir en el patio del cuartel sin gloria ni grandeza... Este es un heroísmo que no está al alcance de todo el mundo.

Mehmed Al alcance de todo el mundo es posible que no; pero sí á nuestro alcance, señor coronel. Nosotros sabemos que los verdaderos soldados no necesitan el aparatoso espectáculo de las trompetas y de las banderas para cumplir con su deber... ¡Pero vaya una conver sación después de un almuerzo tan delicado! Hablemos de usted, que es un anfitrión que sabe sorprender á sus invitados. Como somos turcos nos ha dado usted de comer á la turca.

Sev. Muy mal, por cierto. Pero no hay que olvidar que ésta es la casa de un extranjero, y solterón por añadidura.

Atich (Se levanta para marcharse.) No, no; la comida fué deliciosa, y yo no la olvidaré nunca. Espero que me hará usted el honor de acompañarme á comer el viernes en mi casa. Sólo siento no poder devolverle la fineza. Quiero decir que comeremos también á la turca, porque para saborear la cocina francesa hay que estar en París... ¡Ah! ¡Aquella Maison d'Oré!

Sev. ¡Recuerdos del tiempo viejo, mi general! Donde estaba la Maison d'Oré hay ahora una hojalatería, ó un bar, ó no sé qué.

Atich ¡Es una pena ver cómo las ciudades se transforman! ¿Qué me parecería hoy París, del que guardo tan dulces recuerdos?... Bien es verdad que Constantinopla ¡ay! va también desapareciendo... ¡Ese horroroso barrio de Pera!... En fin, ustedes tienen todavía la isla de San Luis, los muelles, el Luxemburgo... Y á nosotros aún nos queda Stambul... Hasta la vista, señor coronel... Hasta el viernes. (A Tarrail, que se inclina respetuosamente.) Hasta la vista, caballero. (A Mehmed Pachá.) Hasta el viernes. (Sale acompañado de Sevigné que vuelve en seguida.)

Mehmed (A Tarrail.) Ha dicho bien, joven oficial. Aún nos queda á nosotros la vieja Turquía como á ustedes la Francia tradicional.

Sev. (Entrando sonriente.) ¿Oye usted, Tarrail?

Tar. ¡La Francia tradicional!

Sev. ¡Sí! Poco á poco se va desvaneciendo también.

Tar. ¡Oh, eso no! Subsiste, mi coronel, subsiste... Yo, por mi parte, le aseguro á usted que cuando oigo anunciar en una embajada extranjera «¡el Marqués de Sevigné!» y veo entrar á quien lleva este título, con su mirada franca y su aire marcial, siento algo dentro de mí que me obliga á inclinarme con respeto... Y no precisamente ante sus galones.

Sev. ¡Muy amable, Tarrail! Yo también le estimo á usted mucho.

Tar. Usted me favorece, mi coronel... Si usted me lo permite, me retiro. Voy á ver lo que pasa por mi barco.

Sev. Vaya usted, Tarrail, vaya usted... ¡Feliz usted que tiene la suerte de ser marino! Hasta siempre (Se estrechan la mano.)

Tar. (Respetuosamente á Mehmed Pachá.) Mi general..

Mehmed (Con mucha cortesía.) Hasta la vista, caballero... Y no olvide usted que á los amigos del coronel de Sevigné los considero como míos. (Mutis Tarrail.)

ESCENA II

SEVIGNÉ y MEHMED PACHA

Mehmed ¿Le interrumpo á usted algo si me quedo?

Sev. ¡Qué ocurrencia, mi general! Me da usted una gran alegría.

Mehmed ¡Qué extraña es la vida! Tantos años que nos conocemos, y tantos años sin volver á vernos... ¡Con qué gusto supe que venía usted á la embajada francesa!

Sev. ¿Y lo que yo me alegré al encontrarle?

Mehmed ¡Gracias á que me salvó usted la vida en aquellos tiempos (Gesto de Sevigné.) ¡Déjeme usted que se lo recuerde!... Aparte de renovar mi gratitud, esto me rejuvenece. Entonces no estaba yo muy seguro en mi país, y Su Majestad me estimaba poco. ¡Se me perseguía! Afortunadamente estaba usted á bordo de un crucero francés y me ayudó á escapar. Sin su ayuda, allí se hubiera terminado mi historia.

Sev. ¡Quién sabe, mi general!

Mehmed No lo dude usted, mi querido amigo... Llegó usted a la hora precisa de salvarme la vida. ¿Cómo iba usted á suponer entonces que me encontraría quince años después siendo la primera autoridad de Palacio, jefe del gabinete político; gran favorito, en una palabra?

Sev. Me he alegrado muchísimo.

Mehmed No lo dudo; y tambien le habrá asombrado... ¡La carrera tiene estas sorpresas! Pero confiese usted que no le agradó mucho eso de «jefe del gabinete politico», es decir, jefe supremo de todos los espías del Imperio... ¿Es verdad?

Sev. ¡Mi general!...

Mehmed Sí, sí... En Francia miran ustedes muy mal á los espías... Y, sin embargo, usted mismo... ¿Qué es un agregado militar sino un espía disfrazado? Crea usted, mi querido coronel, que lo esencial es que sirvamos á nuestra fe, á nuestro rey y á nuestra patria...

Llevar un uniforme es estar siempre de centinela delante del enemigo... Bajo el dólman de usted, Francia vigila... Y al verme á mí, todo el mundo sabe que soy el ojo vigilante del Imperio.

Sev. ¡Y algo más también! Todo el mundo sabe que es usted Mehmed Pachá, es decir, el húsar de Plewna, el héroe de cien combates... El pueblo le acoge con murmullos de admiración cuando usted pasa... ¡Pero yo!

Mehmed ¡No se queje usted! Tiene usted un nombre ilustre, una fortuna, la patria mejor del mundo tal vez... ¿Le parece á usted poco? Marqués de Sevigné, coronel de la República en plena juventud... Es usted muy ingrato con su suerte.

Sev. ¡Es que aún sigo soñando con todo lo que no he sido! Y esa juventud que usted me atribuye, me parece que está ya muy lejana... ¡Cuarenta y seis años, mi general! En cuanto haya otra propuesta de ascensos ya no seré ni siquiera el coronel más joven de Francia.

Mehmed ¡Pero si parece usted un teniente!

Sev. De sobra sé á qué atenerme. Y lo que más me subleva es esa sensación, humillante para un soldado y para un hombre, de envejecer sin haber vivido... Recuerdo las lecturas de mis quince años, cuando me figuraba que iba á ser un héroe de novela... ¡Ya ve usted qué ironía tan cruel! No he encontrado jamás ni la pasión ni la aventura. He hecho mi carrera tranquilamente, diplomáticamente, en salones de las embajadas. En vez de mandar cargas, he dirigido cotillones... He usado sin gloria ni provecho mi nombre y mi persona; y al morir no habré dejado un mal recuerdo para la historia ni para la novela. ¡Qué fatalidad!

Mehmed Aun no ha acabado usted de vivir, y el porvenir está en una hora.

Sev. ¡Qué quiere usted que me reserve el porvenir, si ya estoy en el ocaso de mi vida! ¡Usted sí que ha vivido horas intensas! ¡Le envidio á usted con toda mi alma!

Mehmed No hay nadie que sea lo que hubiera querido

ser... Yo confieso que he tenido la suerte de encontrar algunas aventuras interesantes, de las que aun quedan por el mundo... Pero no se sienta usted fracasado tan pronto. También puede usted hallar alguna todavía, á poco que la busque.

Sev. En todo caso, tendré que darme prisa.

Mehmed Solo Alá posee el secreto del mañana. (Entra un criado. Sevigné le interroga con la mirada.)

Sev. ¿Quién es? (Después de mirar las tarjetas que el criado le presenta.) Que pasen. (Mutis el criado.) Archibaldo de Folkland, y el príncipe Cernuwitz... ¿Qué me querrán los dos juntos?

Mehmed ¡Cómo juntos, querido coronel!... ¡Si son dos dedos de la misma mano; el pulgar y el índice!

ESCENA III

DICHOS, ARCHIBALDO, CERNUWITZ

Sev. Señores... (Entran ambos con el mismo paso. Archibaldo delante y el otro detrás de él; pero bruscamente se pone á su lado. Visten traje de jugar al polo. Saludan á un tiempo y con la misma tiesura.)

Arch. / **Cer.** Señores...

Mehmed Señores...

Sev. Siéntense ustedes. (Lo hacen. Pequeña pausa.)

Cer. Perdónenos usted, mi querido coronel, que le visitemos con esta vestimenta; pero vamos á jugar al polo, y al pasar por su casa Archibaldo ha querido subir á enterarse de si estaba usted enfermo.

Arch. Como no le vi á usted ayer en la embajada inglesa...

Sev. En efecto, no fuí porque me encontraba un poco indispuesto.

Arch. Y quería verle á usted... (Se detiene. No es hombre que se exprese con facilidad.)

Cer. Para invitarle á una cacería. Una pequeña batida que organizamos en el Asia Menor.

Sev. (A Archibaldo.) Por lo visto es usted un cazador apasionado.

Arch. (Con orgullo.) La caza y el blasón, me parecen

las dos cosas más grandes de la vida. Perseguir y matar animales, es algo admirable; casi casi una guerra de conquista. En cuanto al blasón, por él sé á qué raza pertenezco, y esto me ha servido para conocerme. Soy de los Folkland de Escocia, del Condado de Fife. En nuestro castillo fué donde murió el rey Jacobo V.

Cer. Yo tengo cinco reyes en mi familia... Figúrese usted, Marqués, cuanto nos alegramos Archibaldo y yo, de encontrar en usted á un hombre de nuestra raza. (Sevigné busca con su mirada la de Mehmed Pachá que permanece impasible escuchando.)

Arch. Soy un cazador impenitente. Ahora el príncipe y yo nos dedicamos algunas veces á cazar jabalíes en la tierra de Ibraim pachá.

Cer. Y veníamos á invitarle á usted á esta partida... Durará tres ó cuatro días.

Sev. Agradezco á ustedes muchísimo la invitación, pero tengo toda la semana comprometida... Y además, la verdad, soy poco aficionado.

Arch. ¿No le gusta á usted la caza? Una cosa tan noble...

Sev. Así y todo, les hubiera acompañado, pero ya les he dicho que estoy comprometido.

Arch. No lo sienta usted mucho, salvo el placer de estar juntos unas horas... Después de todo, la caza del jabalí no vale la pena.

Sev. Prefiere usted la caza del tigre.

Arch. Algunas he hecho en la India.

Cer. (Riendo.) Yo creo que prefiere la caza del hombre. ¡Ser pirata!... ¿Verdad Archibaldo?... A mí me pareces un pirata.

Arch. (Riendo.) Sí que me hubiera gustado... En su tiempo, naturalmente... Y creo que á ti también.

Cer. Sí... Yo hubiera sido pirata... pero de otra manera. (Se levanta.) En fin, ya es la hora del polo... (Archibaldo se levanta. Sevigné le imita.)

Arch. ¿De manera que no se decide usted?

Sev. Ya lo he dicho... Perdone usted.

Arch. Espero que me haga el honor de sentarse á mi mesa. Hace lo menos un mes que no va usted por mi casa. (Sevigné se inclina sin respon-

der. Cernuwitz hojeando un libro que estaba sobre una mesita, y lo retiene cerrado en la mano.)

Cer. Ah, señor de Sevigné, ¡que libro tan bonito!

Sev. ¿Verdad que sí? Es un Racine de la época. La primera edición completa firmada y dedicada... La impresión es admirable.

Cer. ¿Le gusta á usted Racine? Me lo explico perfectamente... Es nuestro poeta; el poeta de la sangre azul... Es el más insinuante, el más inquietante, el más deliciosamente inmoral. ¡Y luego qué hombre de mundo!,.. Nadie como él sabe pasar una esponja sobre los pequeños horrores de la vida; sobre los adulterios, los incestos, los asesinatos, las traicioues y las asechanzas. Su *Bayaceto*, es, casi, casi, una tragedia á parte.

Arch. ¡Y el polo, Stanis! Deja esa conferencia para luego...

Cer. Es verdad... Me gustaría releer á Racine... y sobre todo en esta edición antigua... ¿Quiere usted prestarme este libro por un par de días, mi coronel?

Sev. Con mucho gusto.

Cer. (Guardándose el libro en el bolsillo.) ¡Qué amable es usted! Voy á leerme otra vez *Bayaceto*, tragedia turca... Hasta la vista, mi general. Gracias de nuevo, mi coronel.

Arch. Hasta la vista.

Mehmed Hasta la vista. (Mutis Archibaldo y Cernuwitz.)

ESCENA IV

MEHMED PACHÁ y SEVIGNÉ

Sev. La visita fué corta, pero me ha parecido demasiado larga... No me gusta esa gente.

Mehmed Yo les observo siempre con curiosidad.

Sev. Ya habrá usted visto que no se andan con etiquetas. Improvisan una visita, vestidos de cualquier manera.

Mehmed Sí, sí...

Sev. Me molestan instintivamente. Sobre todo ese Cernuwitz, tan sinuoso, tan flexible.

Mehmed Sí, flexible; pero no como una espada.

Sev. Eso me parece. Y también que es un audaz.

Mehmed Un audaz, sí; pero abyecto.

Sev. ¿Qué dice usted?

Mehmed Se lo aseguro, mi querido coronel... Aquí hablamos entre amigos y entre soldados, y puedo abandonar mi reserva diplomática. Conozco pocos hombres, yo que los conozco bien, tan peligrosos como Cernuwitz. ¿No le ha oido usted hablar de su poeta Racine?... Se ha retratado en esas palabras. Los deberes de mi cargo cerca de mi soberano, me obligan á tener informes precisos de todo el mundo, y por eso sé lo que vale el príncipe Cernuwitz. Y usted también lo sabe, porque á falta de informes, se guía por el instinto... Eso sí; en los salones y en las embajadas, su postura es correcta, y, además, tiene ingenio, una inteligencia muy fina, una palabra seductora y mucho dominio de sí mismo... El mundo no puede ser tan severo con él, como lo somos nosotros en este momento... En cuanto al otro, Archibaldo Folkland...

Sev. El otro... Me parece solamente peligroso para la caza mayor.

Mehmed No se equivoque usted, Sevigné... Archibaldo Folkland, tampoco es buena persona. (Pausa.) ¿Usted es muy amigo de lady Folkland, verdad?

Sev. La conozco...

Mehmed Dígale usted cuando la vea...

Sev. No la he visto hará cosa de un mes.

Mehmed (Diciendo lo que quiere decir, ni más ni menos.) Dígale usted que viva prevenida. Algo se trama contra ella, en su misma casa. (Se levanta.) ¿Tiene usted que hacer esta tarde?

Sev. Nada de particular.

Mehmed Yo voy ahora al Palacio Imperial; si quiere usted que nos veamos después... (Entra el criado.)

Criado La señora Condesa de Servange.

Sev. (Asombrado,) ¡Ah!... Que la recibiré en seguida. (Mutis el criado.)

Mehmed A la caída de la tarde iré á las Aguas Dulces... ¿Quiere usted venir á contemplar el crepúsculo en mi caique?

Sev. Iré con mucho gusto.

Mehmed Y ya que hemos hablado de nosotros mismos, permítame usted que le diga, antes de mercharme, que le encuentro á usted muy melancólico y demasiado pesimista. Aun puede usted encontrar en Constantinopla la aventura que desea.

Sev. Alá le escuche, mi general. Constantinopla es una decoración espléndida... Si ha de ocurrirme alguna cosa, me agradará que sea en estos alrededores; entre el Bósforo y Stambul.

Mehmed Pastel y agua fuerte... Es usted un artista, señor coronel.

Sev. Yo soy... yo soy muchas cosas y no he sido nada.

Mehmed (Sonriendo.) ¡Muy melancólico!... Hasta luego... Hasta siempre... (Se estrechan la mano. El general sale por la derecha. El criado introduce á la Condesa. Sevigné sale á su encuentro sorprendido gratamente.)

ESCENA V

SEVIGNÉ. La CONDESA DE SERVANGE

Sev. ¿Pero es usted? ¿Usted por aquí?

Cond. Yo misma... ¿Le molesta á usted, señor coronel?

Sev. ¡Por Dios, Condesa! Todo lo contrario. Me causa verdadera alegría; y me sirve de compensación... Ahora mismo estaba con uno de mis amigos, contándole mis penas melancólicamente.

Cond. ¿Sus penas?

Sev. ¡Oh, no son graves! No se ría usted... La tristeza de sentirme viejo.

Cond. ¡Qué mal educado!... ¿No sabe usted que somos de la misma edad?

Sev. Condesa...

Cond. Hablemos de otra cosa... ¿Hay permiso para sentarse?

Sev. Hay permiso.

Cond. ¿No sabe usted á lo que he venido?

Sev. ¿Pero tiene un objeto su visita?... Y yo que creía...

Cond. (Seria.) He venido á prevenirle contra un peligro. Contra un peligro que corre; ó mejor dicho, que hace usted correr á una persona muy querida.

Sev. A ver, á ver... ¿A quién?

Cond. Sevigné, usted no tiene confianza en mí; y hace usted mal, puesto que me conoce. Se trata de una de mis amigas; ya sabe usted de cual... Digamos el nombre que ahora mismo se asoma á sus labios: María Folkland... ¿No está usted enamorado de ella, Sevigné?

Sev. ¡Usted bromea, mi querida amiga!... Acabo de hablarla con toda sinceridad... ¡Tengo cuarenta y seis años! Pero francamente, no comprendo por qué ha dado usted ese paso... ¿Es que ha venido usted solo para preguntarme si estoy enamorado? No lo comprendo.

Cond. Le aseguro á usted que no me guía la curiosidad, Sevigné, y que solo he venido á avisarle. Desde la noche en que estuvimos los dos en su casa, no he vuelto á ver á nuestra amiga. Aquella noche, acuérdese usted, me preguntó usted muchas cosas de lady Folkland. Luego estuvieron ustedes charlando largo rato en el jardín, muy solos, como dos cómplices... Y le confieso que no me desagradó; porque le conozco á usted, y sé que una mujer puede enorgullecerse con su cariño... Pero lo que entonces deseé para mi amiga, ahora me parece peligroso... Tengo muy malas noticias. Folkland quiere entablar el divorcio contra su mujer, á toda costa. Necesita apoderarse de su hijo, por el nombre y por el dinero. Ya comprenderá usted, pues, que ella debe observar una conducta irreprochable, porque si no está perdida... ¡Dígame usted la verdad!

Sev. Ya se la he dicho. Y le juro que no tengo para que disimular. Lady Folkland y yo teníamos la costumbre de pasear juntos á través de Stambul y hace ocho días me escribió una carta renunciando á nuestra última entrevista. Luego volvió á escribirme diciéndome que la esperara esta tarde en la mez-

quita de Solimán; y esta mañana, en fin, he recibido otra carta suya, dos palabras febriles, anunciándome su visita para estas horas. Cuando usted ha venido, creí que era ella.

Cond. ¿De modo que va á venir aquí?

Sev. De un momento á otro.

Cond. Necesito hablar con ella, Sevigné; déjenos usted solas un instante.

Sev. ¡Pero mi querida amiga, como quiere usted!... ¡Con qué pretexto!

Cond. No hace falta ninguno, se lo aseguro á usted. Le repito que necesito hablarla.

Sev. ¿Pero para qué?

Cond. No puedo decírselo... Tengo mis razones.

(Entra el Criado y habla en voz baja con Sevigné.)

Sev. (A Criado.) Bien. (A la Condesa.) Ahí está.

Cond. Hemos quedado en que nos dejará usted solas... Crea usted que me ayuda á cumplir un deber.

Sev. Sea... No quiero adivinar sus intenciones. Hablen ustedes... Pero... no vayan ustedes á hablar mal de mí.

Cond. Ya me aprovecharé de su ausencia.

Sev. (Al Criado.) Que pase esa señora. (Mutis el Criado.) Ahí se quedan ustedes. Es usted un verdadero tirano. (Mutis.)

ESCENA VI

La CONDESA DE SERVANGE y LADY FOLKLAND

Lady ¿Cómo? ¿Tú aquí?

Cond. Por lo visto hay que venir aquí para encontrarte.

Lady No me regañes y déjame que te bese. (Lo hace.)

Cond. ¿Pero qué tienes? ¿Qué te pasa?... Estás un poco febril.

Lady Es verdad, que no nos vemos hace casi un mes.

Cond. Por tu culpa.

Lady Sí, por mi culpa... He sido muy desgraciada.

Cond. (Con reproche.) ¿Y por eso no has querido que te veamos?

Lady No he visto á los que debía ver... Esta es la primera visita razonable que hago.

Cond. ¿Entonces es verdad?

Lady ¿Qué?

Cond. ¿Qué tampoco has visto á Sevigné en todo este tiempo?

Lady No.

Cond. ¡Me tranquilizo! Porque á pesar de lo que él me decía, yo no estaba segura. Había oido decir, ¿sabes? que tú... que... un hombre... Y no decían quién.

Lady ¡Ay, amiga mía! Voy á darte un disgusto.

Cond. ¿Un disgusto? (Lady Fólkland baja la cabeza.) Entonces es verdad, es verdad...

Lady Es verdad... Era tan desgraciada... Sola en la cárcel de mi vida... Llegó un hombre...

Cond. ¿Y ese hombre?

Lady Cernuwitz.

Cond. ¡Cernuwitz!

Lady Supo llegar en un momento de desesperación, cuando estaba yo deshecha en lágrimas, y prodigarme palabras de consuelo...

Cond. ¿Por qué me lo has dicho?

Lady Porque me daría más vergüenza callármelo que hablar; porque este es el único secreto de mi vida, y pertenece á mis amigos verdaderos: á ti, como á él.

Cond. ¿Vas á decírselo á Sevigné?

Lady Sí... Lo he reflexionado mucho y voy á decírselo. Sevigné es para mí, lo que tú, mi amigo, mi refugio. Precisamente por eso he venido á decírselo todo, para que me ayude á defenderme. Porque tengo atroces presentimientos. Tengo miedo... Mira: hará unos ocho días Fanny se atrevió á amenazar á mi hijo, diciéndole que ya mandaría en él más que yo, que le educaría mejor que yo... «mejor que tu mamá afortunadamente» se atrevió á decirle. Yo no estaba presente, me lo contó llorando el pobrecito... Y á pesar de que he visto y he sufrido tantas cosas, esta me trastornó por completo. Pasé la noche entera sin dormir, agitada y nerviosa, y acabé por tomar una resolución; un último sacrificio; renunciar á todo, incluso á ese amor culpable que al fin, era el único que tenía.

Cond. ¿Y qué?

Lady Al día siguiente le dije á Cernuwitz lo que había pasado, le dije mi resolución. Pero se opuso en tal forma, que no me atreví á romper con él. Creí ver una amenaza en sus ojos; me daba miedo. Parece que me quiere, y sin embargo no me atrevo á confiar en él; me siento sola, sola. ¡Esto es horrible! Ahí tienes por qué te lo he dicho todo y voy á decírselo á Sevigné. Tú y él sois los dos únicos seres de este mundo que me quieren con un afecto sincero y desinteresado, de los cuales puedo fiarme. Sevigné me habla frecuentemente de mi vida irreprochable, y me humillaría pagarle su lealtad con el disimulo. ¡No quiero, no quiero, no quiero! Necesito decirle la verdad como á ti te la he dicho.

Cond. Después de todo, puede que esto sea lo mejor. Yo conozco muy bien á Sevigné y sé que puedes entregarle tu confianza. (Entra Sevigné.) Aquí está... Al fin.

Sev. ¿Cómo al fin? (Besa la mano á Lady Folkland.)

Cond. Digo al fin, porque yo me retiro. Adiós, María. (La besa.) Hasta siempre. (A Sevigné. Este la acompaña hasta la puerta.) Hay que ayudarla mucho á la pobre. ¡Es muy desgraciada! (Mutis.)

ESCENA VII

SEVIGNÉ y LADY FALKLAND

Sev. ¡Casi un mes sin vernos, y aún tiene su amiga el valor de hacerme esperar un cuarto de hora!

Lady Hay que perdonárselo. ¡Me quiere tanto. ¡Es tan buena!

Sev. ¿Y quién será malo con usted? Siéntese y cuénteme qué ha hecho durante tanto tiempo... ¡Ay! ¿Qué ha sido de nuestros paseos por Stambul; de nuestras escapatorias de colegial; de nuestra afectuosa amistad? ¡Todo acabó! ¿Por qué? ¿He caído sin querer en desgracia? ¿Fui castigado, y viene us-

ted á traerme el perdón? Yo no sé nada, nada, sino que estoy desconsolado.

Lady — Amigo mío; no es que haya renunciado á nuestras escapatorias, es que no las merezco.

Sev. — Tiene usted los ojos hundidos, y el semblante pálido... ¡Parece que ha sufrido usted mucho!... La última vez que nos vimos, su mirada era más alegre.

Lady — Alegría ficticia.

Sev. — ¡Oh, ya lo sé! Pero se notaba el efecto de nuestras inocentes correrías.

Lady — Sí; no las he olvidado.

Sev. — ¿Sabe usted que hace un momento he recibido la visita de su marido y de Cernuwitz? Por fortuna fué corta. Y al marcharse, Mehmed Pachá, que estaba conmigo, me ha hablado de una traición, de algo que se trama contra usted; y me encargó que se lo dijera, para que viva usted prevenida.

Lady — ¿Ha dicho eso?

Sev. — Pero está usted inquieta, nerviosa, febril. ¡Cálmese usted, por favor, cálmese usted!

Lady — ¡Ay, amigo Sevigné!... Mi situación empeora de día en día... Mi marido ya no disimula; Fanny es el ama de mi casa, y los dos hacen alarde de su conducta y de sus intrigas... Aunque vivo en mi pabellón, como en un refugio, veo perfectamente su juego... Yo les estorbo, y quieren á toda costa irritarme, forzarme á un escándalo que me haga salir huyendo... El otro día, á poco lo consiguen... Fué una escena atroz, á propósito de mi hijo á quien Fanny se atrevió á poner la mano encima; yo que lo ví, salté sobre ella.

Sev. — ¡Hasta ese punto!

Lady — (Con sonrisa triste.) ¡Aquella casa es un infierno, y la paz en ella imposible!

Sev. — Y usted sin nadie que la defienda... De un lado, esos miserables; del otro, usted sola, sin ayuda... Eso no es posible; no puede usted continuar así.

Lady — (Haciendo un esfuerzo.) Aún no se lo he dicho á usted todo... y ha llegado el momento de decírselo, porque no quiero hacerme indig-

na de su amistad y de su estimación... Es preciso que sepa usted todo lo mío, el mal como el bien; mis miserias, mis debilidades y mis vergüenzas... ¡Pero tenga usted piedad de mí! Desde hace algunos años, en mi vida no hay más que tristezas y estaba poco preparada para el dolor. Mi infancia y mi juventud, transcurrieron tranquilas y felices en mi casa criolla, con los míos... Y un día vinieron, me casaron y me arrancaron de allí... Tenía yo diez y seis años, y ni siquiera sabía lo que pudiera ser un marido... ¡Ha sido un amo y un carcelero!... Y el matrimonio una prisión; una prisión terrible, donde he visto desaparecer poco á poco todo lo que había en mí de ilusión, de nobleza, de orgullo... ¡Sí!... ¡Me han perdido! Han hecho de mí una pobre criatura sin ánimo, sin voluntad, deshonrada... sí, deshonrada, deshonrada... ¡Miserables, miserables!

(Rompe á llorar, la cara entre las manos y ahogada en sollozos.)

Sev. *(Trastornado, se acerca y la separa las manos.)* Cállese usted... No aumente usted su sufrimiento... María, María, cálmese usted. Aquí estoy yo que la defenderé con toda mi alma... Está usted asustada, temblorosa como una niña enferma... *(La coge una mano y se la besa repetidas veces con pasión.)* ¡María, María!

Lady *(Asombrada.)* ¿Qué hace usted?

Sev. *(Con fuego.)* Perdón, perdón... No crea usted que he escogido un instante de angustia; no piense usted que abuso de su desfallecimiento y de nuestra soledad... Es que ahora he comprendido todo lo que siento por usted... Creí que me guiaba solo la piedad, pero no; es algo más grande y más profundo... Perdóneme usted; soy suyo, suyo por entero... Disponga usted de mí; mándeme usted... Le ofrezco mi nombre, mi fortuna, mi valor de hombre y de soldado; todo lo que soy, todo lo que tengo...

Lady ¡Usted! ¡Usted! Y yo que venía para decirle...

Sev. ¿Qué? Hable usted.

Lady ¡No puedo!... Ya no puedo.

Sev. ¿Qué quiere usted decir?

Lady ¡Ya no puedo decirle á usted nada!... ¡Qué vergüenza!

Sev. (Interrogándola con los ojos.) ¡Dígame usted! Dígame usted...

Lady (Echa á correr.) ¡Nada! ¡Nada! ¡No me detenga usted! ¡No me siga usted! (Sale con las manos extendidas, en actitud de rechazarle. Y vuelve á decir sollozando. ¡Qué vergüenza! (Su gesto más que sus palabras detiene á Sevigné, que abrumado, la ve marchar mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Gabinete de Lady Folkland Mobillario sobrio y armónico. Puerta á la izquierda, que se supone da á la escalera y entrada del pabellón. Puerta á la derecha, donde se supone la alcoba de Lady Folkland. Ventana grande al fondo que da sobre el Bósforo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Una DONCELLA y un CRIADO

Donc. ¿Ha cerrado usted bien la puerta del embarcadero?

Criado Perfectamente.

Donc. ¿Los cerrojos?

Criado Sí. He corrido los tres cerrojos. No hay cuidado de que entre nadie por ahí...
(Por la puerta entra Lady Folkland con su hijo. Mutis el Criado por la puerta.)

ESCENA II

LADY FOLKLAND, JORGE y la DONCELLA

Lady Vamos. Ya has acompañado á tu mamá hasta su cuarto. Puedes irte tranquilo.

Jorge ¿Pero por qué te acuestas en este pabellón? ¿No te da miedo dormir aquí?

Lady No, vida mía.

Jorge ¿Y vas á dormir bien esta noche?

Lady Muy bien, hijo mío.

Jorge Como te has disgustado en la mesa, por causa de Fanny y de papá. . ¡Ya te defenderé yo, cuando sea mayor! Mira, algunas noches me despierto, y me entran ganas de atravesar el jardín y venir á llamarte; pero no me atrevo. (Lady Folkland no responde. Le acaricia los bucles con ternura.) ¿Me quieres mucho, mamá?

Lady ¡Mucho, gloria mía! (Acariciándole.) Y ahora, á tu camita, á dormir... Hasta mañana. (A la Doncella.) Llévese usted al niño. Y retírese, que no la necesito.

(Vuelve á besar al niño, que sale con la Doncella. Se oye el canto lejano de un pescador. Por la ventana abierta, entra un hombre. Es el Marqués de Sevigné)

ESCENA III

LADY FOLKLAND y SEVIGNÉ

Lady (Se levanta dando un grito.) ¡Ah! (Al reconocer al coronel.) ¡Sevigné! ¡Sevigné!... ¡Qué locura!

Sev. Perdóneme usted. Hace un momento yo no sabía lo que iba á hacer, se lo juro .. Pero al ver su sombra en el marco dorado de la ventana, no he podido resistir al deseo imperioso de entrar aquí, como entraría un amante... ¡Perdóneme usted!

Lady ¿Qué hacía usted bajo mis ventanas?

Sev. Se marchó usted esta tarde tan bruscamente de mi casa, de tal manera la espantaron mis palabras, que me quedé anonadado y confuso... Y fué tan grande el vacío que sentí á mi alrededor, que ya no tuve más que esta idea; verla á usted, buscarla inmediatamente... He bordeado la verja del jardín... He llegado al pié de su ventana... Usted escuchaba en el silencio de la noche... Mi soledad se encontró con la suya... Perdóneme usted.

Lady Es preciso que se marche... No ha pensado usted el peligro que sería para mí su presencia...

Sev. Al otro lado del jardín, la casa duerme, y su marido no está en ella.

Lady Pero está Fanny, los criados... ¡todos los espías!

Sev. Sí, sí... De un lado, todo eso, y del otro yo... Yo que la quiero con toda mi alma.. No se aflija usted al escucharme... ¿Tan viejo está ya el coronel Sevigné que no puede hablar de su amor?

Lady Amigo Sevigné... Esa pasión que usted me brinda, es un regalo espléndido que todas las mujeres ambicionarían... ¡Conserva usted intacta su juventud. Está en sus ojos, en sus palabras, en su acción de venir á buscarme por el camino de la aventura... Y yo quisiera ser libre, tener el derecho de refugiarme en sus brazos... Pero la vida es más rápida que nuestra voluntad... Ese escalo, ha venido demasiado tarde.

Sev. (Con amargura.) ¡Es verdad! Yo soy un Romeo tardío... ¡Ah! ¡Pasé toda mi vida esperando la batalla, el amor!... ¡Demasiado tarde! Dice usted bien... ¡Demasiado tarde!

Lady Sí, sí... Demasiado tarde... Ya no soy yo la misma mujer de antes.

Sev. ¿Y por qué ese cambio? ¿Por culpa del mal que la causaron?

Lady ¡Por culpa de mi debilidad!

Sev. Explíquese usted.

Lady No puedo.

(Pausa.)

Sev. Yo quisiera que me conociese usted bien á fondo, amiga mía; porque usted no sabe quien soy. A mí puede usted confiarse por completo. Nunca oyó usted palabras tan sinceras como las mías... Comprendo el pudor que la impide buscar en mí un consuelo, contra el primero que la hizo á usted sufrir... Pero créame usted, que ese hombre que la ha colmado de dolores, no merece ningún respeto.

Lady Retírese usted, Sevigné... Su visita de esta noche, su aparición romántica, la ofrenda de su corazón, que me parece grande, muy grande... yo la conservaré siempre como un recuerdo profundamente dulce y amargo á la vez... Y ahora, adiós... No quiero volverle á ver jamás.

Sev. ¡Señora!

Lady (*Febrilmente.*) Escuche usted. Alguien entra en el pabelión... Márchese usted... Márchese usted.

Sev. ¿Su marido?

Lady Sí; mi marido... Váyase usted... Por allí... por donde ha venido... Voy á impedirle que entre. (*Se precipita á la puerta y sale fuera de sí.*)

ESCENA IV

SEVIGNÉ, solo.

(*Corre á la ventana, va á saltar y se detiene de repente, retrocediendo.*) ¿Qué gente es esa? ¿Qué hace en el jardín? «Su amiga de usted está en peligro», me dijo Mehmed pachá. (*Murmullo de voces en la antecámara.*) ¿Y por qué, el marido que no viene aquí nunca?... (*Durante un segundo parece preguntarse qué debe creer y qué debe hacer. Al fin se dirige rápido á la puerta izquierda, y se esconde en la alcoba de Lady Folkland. Vuelve Lady Folkland con Cernuwitz. Sevigné ha tenido el tiempo justo para desaparecer. Lady Folkland mira con ansiedad á todas partes, y se tranquiliza al ver que no hay nadie.*)

ESCENA V

LADY FOLKLAND y CERNUWITZ

Cer. ¿Pero qué tienes? ¿Qué te pasa? Estás intranquila, trémula... ¿Qué miras á la ventana?

Lady Nada... La cierro, nada más.

Cer. (*Un poco inquieto.*) ¿Has visto algo?

Lady No, no, nada... Es que tengo frío.

Cer. Es verdad. Tienes las manos heladas... He dejado á tu marido en Terapia. Estábamos juntos y le dije que iba á jugar un rato... Le engaño como quiero.

Lady Yo estaba sentada al borde de mi cama... y soñaba.

Cer. Sí, sí... Estás fría, insensible. Pareces una mujer de hielo.

Lady Ya te he dicho que soñaba. Déjame volver poco á poco á este mundo.

Cer. (Burlón.) ¿Era muy largo el viaje?

Lady ¡Era un ensueño!

Cer. Pero vamos á ver, María, ¿qué tienes esta noche?

Lady ¡Tengo miedo!

Cer. ¿Qué dices?

Lady ¡Tengo miedo!

Cer. ¿Miedo, cuando estoy yo á tu lado?

Lady (Sonriendo tristemente.) Nunca estoy á tu lado tranquila... Pero ahora no es sólo por eso... ¡Tengo miedo! Estoy nerviosa... Me parece que la noche que avanza me es hostil... Quisiera dormir, dormir con un sueño largo y profundo, para no pensar en nada... Quisiera sentirme muy pequeñita entre unos brazos fuertes, muy fuertes... Quisiera tener un hombre que me defendiese...

Cer. ¡Yo no soy ese hombre!

Lady No. Tú sólo has sabido llegar en un momento de abandono y prodigarme palabras de consuelo...

Cer. Ya sé que debo mi victoria á tus lágrimas.

Lady Sí. Pero no eres capaz de acabar con mis tristezas. Por eso busco instintivamente alguien que me defienda, hasta de ti mismo... Alguien que acaso daría su vida por estar en tu puesto... ¿Qué miras de ese modo, Stanis? ¿Qué buscas en la ventana? (Cernuwitz abre la ventana; mira y enciende un cigarrillo.)

Lady (Temblando.) ¡Ten cuidado! ¿Qué haces?

Cer. He abierto para que entrara el aire de la noche á disipar tu pesadilla... Pero tranquilízate. (Cierra.) Cerraremos la ventana, puesto que así lo quieres. ¡Ah, María, María! ¡Cuándo llegarás á no pensar más que en el momento presente! Sigue mi sistema. Así pasarás invulnerable por entre los odios y las perfidias. Conocerás la indiferencia, la suprema insensibilidad contra los golpes del destino.

Lady ¡La indiferencia! Esa palabra es la que te retrata.

Cer. Yo quisiera educarte á mi manera, enseñarte á ser inquietante y misteriosa y á conocer el verdadero valor del egoísmo.

Lady ¡Qué lección tan deplorable!

Cer. ¿Deplorable? Al contrario, excelente... Así serías una mujer libre por completo... La vida pasa y no vuelve... ¡Desembaracémosla de su bagaje sentimental! Olvídate de todo; de tu marido, de tu rival, de tu hijo, que será también un ingrato; y así dejarás de ser una esposa á quien se ultraja, una mujer á quien se insulta, una madre atormentada... Te lo repito: nada como la indiferencia. Nada de sensibilidad, nada de corazón... Y por encima de todo... el misterio... El sistema no es muy difícil.

Lady Para ti, tal vez... pero para mí... Yo no puedo olvidar mis temores por mi hijo... Yo quiero sufrirlo todo para no perderle.

Cer. Bien, bien... Yo me someto... No te olvides de lo que te he dicho... Y siga cada cual su destino .. El mío es el de quererte mucho .. Te quiero ahora igual que el primer día.

(Ella estará sentada, y él se arrodilla besándola las manos. En este momento se abre la puerta bruscamente y entra Fanny y Archibaldo. Lady Folkland se ha levantado de un salto y Cernuwitz la estrecha entre sus brazos, como si quisiera defenderla. Fanny rompe el silencio, estallando en una risa triunfante y sardónica.)

ESCENA VI

DICHOS, FANNY y ARCHIBALDO

Arch. (Con una especie de delirio, en la ferocidad de su alegría.) ¡Al fin!... (Lady Folkland se separa instintivamente de Cernuwitz.)

Fanny Haz el favor de no moverte ó llamaremos... (Da un paso hacia la ventana.)

Arch. Quieta, Fanny, quieta. Será razonable, y seguramente querrá que lleguemos á un acuerdo para evitar el escándalo. Además, la presencia del príncipe y su testimonio es bastante...

Cer. (Da un paso hacia Archibaldo, como una amenaza repentina.) ¡Archibaldo!

Arch. ¿Qué es eso? Haz el favor de no mezclarte en nada. Además, los criados están en el jardín. . (Cernuwitz, sin responder, se dirige á la ventana. Parece dominado por un razonamiento rápido. En adelante asistirá á la escena como testigo, casi como un extraño. A Lady Folkland,) Nada de hipocresías, ¿verdad? Sorprendida en tu dormitorio con un hombre en actitud amorosa... Creo que basta para el divorcio... Y pronunciado como yo lo pretendo: con la completa destitución de todos tus derechos de esposa y de madre... Ninguno de los cuatro aquí presentes pensará lo contrario. (Lady Folkland, anonadada, sintiéndose perdida, dirige una mirada suprema á Cernuwitz. Éste continúa impasible, lejano, como si estuviera en otra parte.)

Fanny Claro que no. El escándalo está comprobado.

Arch. ¿Estás dispuesta á ceder?

Lady El dinero... sí... todo lo que quieras... ¡Pero mi hijo!... Respóndeme: ¿qué quieres hacer con mi hijo?

Arch. Eso es cuenta mía.

Lady (Parece vacilar un instante, como próxima á morir. Después, esforzándose, casi sin voz.) Quieres quitarme mi hijo...

Fanny Eso es. Y será mejor para él.

Arch. Firma aquí. (Un papel.) Todo se arreglará sin ruido. Me basta con tu declaración, y nos retiramos en seguida.

Lady (Mueve la cabeza y habla con palabra cortada, luchando con los sollozos que la ahogan.) ¡No! ¡No! ¡No!... ¡Yo no os entregaré mi hijo!... ¡Yo no os entregaré mi hijo!... ¡Yo no os entregaré mi hijo!... ¡Buscad otra cosa! ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Mi hijo, no! ¡Mi hijo, no!

Arch. Ten cuidado... Firma aquí.

Lady ¡No!... ¡No!

Fanny Lo mejor es traer el testigo que falta. (Lady Folkland la mira con angustia. Archibaldo detiene á Fanny, próxima á salir.)

Arch. Espera un momento, Fanny (A su mujer.) Vas á firmar aquí, de grado ó por fuerza.

Cer. (Desciende nervioso hacia él: con voz seca.) ¡Basta, Archibaldo!... Te prohibo...

Arch. ¿Qué estás diciendo? (Bruscamente.)

Cer. (El mismo juego.) Digo que te prohibo...

Arch. (Amenazador.) ¿Te has vuelto loco?

Cer. ¡Ten cuidado, Archibaldo! (Se oye montar un revólver.)

Arch. ¡Deja ese revólver! ¿No te he dicho que están los criados en el jardín?... Además, contigo no va nada.

Fanny Vamos, Cernuwitz... (Le toma por una mano.) Le creí á usted más dueño de sus nervios. Deje usted que las cosas se arreglen como deben arreglarse.

Arch. (Con más dulzura.) Y además, que tu intervención es impropia... Yo soy el único que debe hablar aquí. (Fanny, que no ha soltado á Cernuwitz, le conduce á la ventana. Él se deja hacer. Archibaldo á Lady Folkland, junto á la mesa.) Firma.

Lady Yo te suplico... Mi hijo... no. Mi hijo, no.

Arch. Te digo que firmes.

Lady No, no... Mi hijo, no... Te lo pido de rodillas... Mírame... De rodillas... Mi hijo, no. (Se arrodilla.)

Arch. (Levantándola brutalmente.) ¿Es que no quieres comprender? ¡A mí que me importa que tengas un amante! Si yo estaba resuelto á sorprenderte es porque necesito a mi hijo, á mi heredero. ¡Pero á ti! (Hace un gesto de indiferencia.) ¡Te mando que firmes! ¿No quieres? ¡Fanny!

Fanny Sí; los testigos... y su hijo también. Le voy á buscar. (Sale precipitadamente.)

Lady (A Archibaldo.) ¡Detenla! ¡Detenla! Eres el último de los miserables, el más cobarde, el más villano de los hombres... Esa mujerzuela que yo recogí por piedad en mi casa, te ha convertido en un traidor... Eres de lo más abyecto, de lo más bajo, de lo más inmundo...

Arch. (Con un gesto brusco la agarra de un brazo y la doblega.) ¡Basta, basta! Cállate y firma si no quieres que te vea tu hijo... Ya debe estar aquí. (Cernuwitz, á la ventana, ha hecho un movimiento de piedad y se dirige á la puerta. Archibaldo va también comprendiendo que Fanny trae al niño. Lady Folkland lo comprende asimismo.)

Lady (Espantada.) ¡No le dejes entrar! ¡No le dejes entrar!

Jorge (Dentro.) ¡Mamá! (Archibaldo le presenta la pluma. Lady Folkland firma consternada. Cernuwitz, á la puerta, impide la entrada de Fanny. Archibaldo la dice;)

Arch. Ya está.

Fanny (A la puerta.) ¿El niño?

Arch. Ya no hace falta. Que lo vuelvan á llevar á su cuarto, ó mejor al tuyo. (Fanny hace una seña en el vestíbulo y vuelve á entrar. Lady Folkland está en una butaca, casi desvanecida.)

Fanny (A Archibaldo.) ¿Y ella?

Arch. No puede quedarse sola en el pabellón... Es preferible que la lleven á casa. (Fanny va á la puerta y llama. Aparecen dos criados que se llevan á Lady Folkland, que se deja conducir como cosa muerta. Se oye la voz de Jorge, una voz que da pena, la voz de un niño que no comprende lo que ocurre, pero que adivina algo.)

Jorge ¿Qué te pasa, mamá? (Quedan solos Cernuwitz y Archibaldo. No hay más luz que la de una lámpara sobre la mesa.)

ESCENA VII

ARCHIBALDO y CERNUWITZ

Se oye fuera un murmullo que va cesando poco á poco. Pequeña pausa

Arch. ¡Stanis!

Cer. ¿Archibaldo?

Arch. ¿En qué piensas?

Cer. En nada. (Va á la ventana y la abre.)

Arch. Hermosa noche ¿verdad?

Cer. Misteriosa. Iguales las he visto en Venecia.

Arch. ¿Qué vas á hacer?

Cer. ¿Y tú?

Arch. Yo no tengo ganas de dormir. Vamos á beber un poco de champagne, al Sommer-Palace.

Cer. Como quieras.

Arch. Sí, vamos... A propósito... He de darte los informes que querías sobre esos valores. He cablegrafiado á la Bolsa de Londres.

Cer. Te lo agradezco.

Arch. Vamos, pues.

Cer. Puede que no esté bien que nos vean salir juntos.

Arch. ¡Ahora, ya!... Además el jardín está solitario. Saldremos por el embarcadero. Pero sal tú delante, si quieres, y nos reuniremos en seguida. (Cernuwitz toma su sombrero y sale.)

ESCENA VIII

ARCHIBALDO, estirándose, voluptuosamente

¡Todo ha salido á pedir de boca! (Mira el papel firmado por lady Folkland, á la luz de la lámpara, y ríe con risa de triunfo.) La mano ha temblado al firmar, pero la firma está bien clara. Mañana se la llevaré al abogado... ¡Muy bien! (Saca del bolsillo una cartera de piel encarnada, mete en ella el papel y vuelve á guardársela; va á la ventana y mira hacia afuera.) Qué hermoso está el Bósforo... Parece nuestro lago Katrine. (Mientras, Sevigné ha aparecido; silenciosamente, furtivamente, como una especie de tigre, ha entrado en la habitación, quedándose en la sombra, inmóvil. Folkland se vuelve, mira en derredor con repentina ansiedad, respirando fatigosamente y turbado.) ¿Qué es lo que me sucede? Quién anda ahí? ¿Eres tú, Cernuwitz?... ¡Vamos; estoy loco!... (Ve á Sevigné que ya está á la luz después de atravesar la estancia. Va á decir algo; pero Sevigné, imperiosamente, con un dedo en los labios le indica que es preciso callar. Después se le aproxima y de un solo gesto le clava un estilete en el corazón. Folkland cae sin un grito. Sevigné se inclina sobre su cuerpo, le saca la cartera y se la guarda. Va luego á la ventana, mira un segundo y salta. Abajo, hacia el fondo se oye la voz de Cernuwitz.)

Cer. Vamos, Archibaldo... ¿No vienes? (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

En casa de Sevigné. La misma decoración del segundo acto. Es una hora avanzada de la tarde.

Al levantarse el telón, lady Folkland, sola, esperando. Su rostro y su actitud, revelan que atraviesa un momento trágico.

ESCENA PRIMERA

LADY FOLKLAND. Un CRIADO

Criado (Entrando.) El señor Marqués ha salido ya de la Embajada, señora. Vendrá en seguida.

Lady ¿Le dijeron que estaba yo aquí?

Criado No, señora. El señor Marqués estaba en el despacho de su Excelencia el embajador, y no se le pudo pasar recado. (Se dispone á salir.)

Lady ¿Salió temprano?

Criado El señor Marqués salió de casa á la hora de costumbre; después de almorzar.

Lady ¿Había ya recibido el correo?

Criado Sí, señora. Y leído los periódicos.

Lady ¡Ah! (Pausa. Queda en una actitud de reflexión dolorosa; luego, como si hablara consigo misma.) ¡Salvarle, salvarle, cueste lo que cueste! (Al criado que se dispone á salir.) ¿Qué hora es?

Criado Las cinco, señora.

Lady (Como siguiendo una idea.) Voy á escribirle. (El criado se apresura á cumplir la orden no terminada. Entra Sevigné. El criado se va.)

ESCENA II

LADY FOLKLAND y SEVIGNÉ

Sevigné al ver á lady Folkland, no puede reprimir un movimiento de estupor; pero, dominándose inmediatamente, se inclina y espera

Lady (Muy emocionada.) Me mira usted estupefacto, sin acertar á explicarse mi presencia.

Sev. (Voluntariamente frío.) No esperaba volver á verla en mi casa. Su marido de usted ha muerto anoche. Ayer tarde, en este mismo sitio, mi confesión la hizo salir huyendo. Y en el pabellón...

Lady Olvide usted las palabras rencorosas.

Sev. No he dicho ninguna.

Lady Estoy anonadada. Nunca he necesitado tanto como ahora tener confianza en usted. (El la mira.) No me mire usted con esos ojos hostiles.

Sev. La hostilidad de mis miradas es ilusoria, se lo aseguro. Jamás fuí tan amigo suyo como en este instante.

Lady Sin embargo, encuentro en usted algo extraño, no sé que misterio que me hiela.

Sev. No creo que á la muerte de su marido se deba ese cambio que usted supone en mí... Usted sabrá ser una viuda irreprochable, lo mismo que supo ser una irreprochable esposa. No veo, pues, lo que mi corazón puede ganar ó perder... Lo que no me explico es por qué está usted así, tan fuera de sí misma... Hable usted con franqueza, puesto que nadie nos escucha... Esa muerte ¿ha sido para usted una desgracia? ¡Ve usted como no responde! Entonces... Un malhechor cualquiera, un anónimo, un hombre que pasaba por allí, la libró á usted de sir Archibaldo... Deje usted que le llore su amante. Usted ya está libre.

Lady (Con intensa ansiedad.) ¿Qué se dice por Constantinopla?

Sev. ¿Qué quiere usted que digan? Los que no están enterados le compadecen... Los otros...

Lady ¿Y del asesino?

Sev. ¡Qué le importa á usted ese hombre! Ya le buscará la policía.

Lady ¿Ha visto usted á Mehmed pachá?

Sev. No es él solo quien debe ocuparse de ese asunto. El es el jefe de la policía turca; pero el asesinato de anoche, interesa en primer término á la Embajada inglesa.

Lady Sin embargo, Mehmed pachá es el todo... ¿No es amigo suyo?

Sev. ¿Tanto le interesa á usted encontrar al asesino?

Lady Yo sé quién es.

Sev. ¿Qué dice usted?

Lady Sé quien es. Y desgraciadamente no soy yo sola quien lo sabe.

Sev. (Jadeante.) ¿Usted conoce al hombre que asesinó?

Lady Le conozco.

Sev. ¿Y le desprecia usted por su crimen?

Lady ¿Despreciarle yo? No, no le desprecio... ¡Le admiro, le reverencio, le amo!

Sev. ¡María!

Lady Sí; le amo, le amo... Un hombre ha hecho eso por mí, por mi cariño, impulsado por el amor...

Sev. Y sin embargo, dice usted «un hombre»... No se atreve usted á pronunciar su nombre, ni siquiera delante de mí.

Lady No vine á otra cosa... Mi marido fué muerto anoche, por el príncipe Cernuwitz.

Sev. ¿Qué dice usted? (Palideciendo.)

Lady Mi marido fué muerto anoche por el príncipe Cernuwitz. Y no se trata de un arrebato de cólera, ni de una cuestión personal... Fué por mi causa... ¡Solo por mí! (Parece seguir el remolino de un pensamiento trágico. Al fin se reprime, procurando ser precisa en su relato.) Anoche, el hombre que entró en el pabellón, cuando le hice salir á usted precipitadamente, no era mi marido; era Cernuwitz... Cuando él entró, yo miré con ansiedad á todas partes; y al ver la ventana abierta, comprendí que por allí se había usted marchado y me tranquilicé... Poco después, entraron bruscamente en la habitación Fanny y mi

marido, sorprendiéndome con él, sin disculpa posible... Mi pasado, mi porvenir... ¡mi vida entera quedó destrozada en aquel minuto trágico!... Evíteme usted el horror de recordar los detalles de aquella escena terrible... Ellos me obligaron á firmar lo que quisieron, á perderlo todo, á abandonar á mi hijo... ¡Yo no sé cómo tuve fuerzas para resistirlo!... Y hubo algo más espantoso todavía... El hombre por quien yo me había perdido y deshonrado, no me defendía. Presenciaba impasible mi sacrificio, como un extraño, como un testigo, como un cómplice... Al fin me sacaron de allí como una cosa muerta... El príncipe Cernuwitz y mi marido, quedaron solos. Pocos minutos después, al volver Fanny al pabellón se encontró con Archibaldo tendido en el suelo, muerto de un solo golpe... (Por primera vez desde el comienzo de su relato, ella busca la mirada de Sevigné. Este ha sido el espejo animado de sus palabras, reviviendo la escena que conoce y que ella cree descubrirle. La ironía, el dolor, la piedad, la cólera, aparecen fugitivamente en su gesto y en su actitud. Cuando ella se detiene, él no dice nada. Acaso no puede hablar agarrotado por la violencia de las sensaciones, ó por miedo á las palabras. Sigue hasta el fin de la escena su mímica involuntaria. Lady Folkland está demasiado entregada á su propio tormento para percibir la turbación de Sevigné.) No sé si me habrá usted comprendido bien... Y no es eso solo; hay otra cosa que denuncia claramente á Cernuwitz. Fanny que fué la primera que encontró el cadáver, le registró para buscar el documento firmado por mí... ¡Nada!... La cartera donde la guardó, había desaparecido. ¡Robado!... Ya no existía mi vergonzosa declaración, ni lo amenaza del divorcio.. ¡Ya no me arrebatarían mi hijo!... Hasta mi fortuna quedaba á salvo. Y el miserable que me fué envileciendo poco á poco, y que una hora antes me torturó con todos los tormentos permitidos, muerto! Ya no quedaba nada de nada... ¡Todo había desaparecido para siempre!

Sev. ¡Cernuwitz!

Lady Un asesino, sea... Pero loco de amor, sublime de abnegación... ¿Qué pensaría antes de matar? El, que supo dominarse delante de nosotros... ¡Qué hombre, qué hombre!...

Sev. Pero usted se engaña. Cernuwitz no ha tenido ese gesto que usted se forja en su imaginación. Y reflexione usted que si lo hubiese tenido, usted sería su cómplice.

Lady No me importa, si esto es preciso para salvarle.

Sev. Y él ¿qué dice?

Lady El se defiende mal. Que estaba en el pabellón y salió un momento; que al volver se encontró á Archibaldo muerto y robado. Que no se explica cómo. Que no comprende nada. Es su única contestación: que no comprende nada.

Sev. (En un arrebato.) ¡Comprender! ¿Qué quiere usted que comprenda? Le hace usted demasiado honor, y él creerá que usted le calumnia. Cuando pensó que se le aparecía como un cómplice, descubrió usted su verdadero papel. ¡El! ¡El! Cernuwitz: esa abyección convertirse en un hombre noble y valeroso!... Atreverse á nada, Cernuwitz, que es una mujer, lo mismo que usted... ¡Cernuwitz!

Lady (Ante la violencia de Sevigné, retrocede juntando las manos.) ¡Usted! ¡Usted!... ¡Usted á quien yo acudía desesperada, como á mi único amparo, se me aparece ahora lleno de odio contra su enemigo!... ¡Usted no me ha querido nunca! ¡Estoy perdida!

Sev. ¡Perdida, cuando procuro convencerla de que nada la puede ocurrir!

Lady ¡Usted no me ha querido nunca! ¡Que no puede ocurrirme nada! ¿Y lo que á él le suceda? Se ha sacrificado por mí; me ha consagrado su vida... Mañana, hoy mismo, tal vez, Fanny puede acusarle. ¿Y si le detienen? ¿Y si le condenan? ¡Yo no quiero que le persigan! ¡Yo le amo! (Sevigné lucha por contener su furor.) ¡Oh, perdón, perdón! ¡Estoy loca y no sé lo que me digo! ¡Le hago á usted daño, pero es que soy todavia más desgraciada que usted! ¡Sea usted tan bueno

como le he soñado! Dígame que me quiere ayudar, que me va á socorrer, que hablará con Mehmed pachá, que buscará un medio de salvar á Cernuwitz! ¿Es que le cree usted perdido? ¿Piensa usted que se suicidará? ¿No me responde usted? ¿No me contesta usted nada, nada! (Se deja caer en una butaca, sollozando, con la cabeza entre las manos. Sevigné la mira con una mirada llena de amargura, de piedad y de amor. Se acerca á lady Folkland, hablándola con profunda y verdadera dulzura.)

Sev. No llore usted más, se lo suplico. Sus lágrimas me hacen mucho daño. Estoy dispuesto á todo lo que usted quiera.

Lady ¿Es verdad?... Sí... Su acento ha cambiado... Vuelvo á encontrarle más cerca de mí... (Sevigné baja la cabeza sin responder.) ¿Me perdona usted?

Sev. No tengo nada que perdonarla.

Lady ¿Me socorrerá usted?

Sev. Sí.

Lady Amigo mío...

Sev. (Interrumpiéndola) Ahora déjeme usted hablar... La escuché sin interrumpirla, y creo que he llegado á los últimos límites del dolor. Solo siento las palabras de amargura y de violencia que salieron injustamente de mis labios. (Lady Folkland se estremece ligeramente.) Le aseguro á usted, bajo mi palabra de soldado, la única posible entre nosotros, que puede usted tranquilizarse. El hombre por quien usted tiembla, no tiene nada que temer. Recóbrese usted. Sea usted lo que hay que ser á los ojos del mundo, y escoja usted el porvenir que le plazca. Adiós. (Lady Folkland le mira, sin atreverse á responderle, subyugada por la serenidad de sus palabras. Al fin dice, tímidamente.)

Lady ¿Cuándo podré saber?... ¿Dónde volveremos á vernos?

Sev. No creo que la veré á usted más. Esté usted segura que no la guardo ningún rencor... ninguno... ¡La he querido á usted tanto! (Entra un criado.)

Criado Su Excelencia Mehmed pachá.

Sev. ¡Ah! Que soy con él en seguida. (Mutis el criado. A lady Folkland.) No esperaba su visita.

Lady Ya que ha venido, no quiero marcharme sin saber algo concreto.

Sev. Hay en todo esto algo fatal. Acaso dice bien el Coran, que todo está escrito... Entre usted aquí, puesto que tal es su voluntad (Puerta derecha.)

Lady (Al entrar.) Tiene usted en sus manos los destinos de dos seres.

Sev. Aquí no hay en juego más que uno solo. (Al quedarse solo no se contiene más. Todos sus sentimientos aparecen en su fisonomía, pero sin dejarse dominar por ellos, se dispone á obrar. Enciende una bujía y saca de la cartera, que se vuelve á guardar en el bolsillo, el documento firmado por Lady Folkland. Lo mira ún momento y dice:) ¡Qué miseria! (Quemándolo después en la llama. Luego, erguido, con la frente alta, hace entrar á Mehmed pachá.)

ESCENA III

SEVIGNÉ y MEHMED PACHÁ

Mehmed (Sonriendo.) ¿Estorbo, señor Sevigné?

Sev. ¿Qué dice usted, mi general? ¿Porque le hice esperar un momento?... Estaba realizando un acto importante, algo verdaderamente indispensable. (Apaga la bujía y esparce las cenizas.)

Mehmed No tiene usted necesidad de disculparse con un amigo como yo. Mucho menos cuando no esperaba usted mi visita.

Sev. No la esperaba tan pronto.

Mehmed La debe usted al hermoso tiempo que disfrutamos. Creo que tendremos un espléndido atardecer, que podríamos admirar juntos deslizándonos por las Aguas Dulces. Ayer mismo me repitió usted que le entusiasman por su eterna y maravillosa hermosura.

Sev. Es verdad; recuerdo haberlo dicho. Pero hoy tendrían para mí la tristeza de las cosas que abandonamos. (Se detiene un momento y sigue al ver que Mehmed no dice nada.) Antes de que llegue la noche tal vez me ocurra alguna cosa que me impedirá volver á verlas.

Mehmed (Sin la menor interrogación.) Las echará usted de

menos, querido Sevigné, porque son inolvidables. ¿Se acuerda usted de aquella noche, ya lejana, en que me salvó usted la vida? Aquella noche creí no volver á ver mi patria, y sobre todas mis preocupaciones estaba el recuerdo de mis Aguas Dulces. Tienen además, una cosa admirable esas riberas encantadoras: que son indiferentes á todos los dramas humanos. (Mira á Sevigné.)

Sev. Hoy, sin embargo, prefiero no contemplarlas. Me acordaría demasiado de un caique. ¡No del que usted me regaló! De otro que fue para mí algo así como el carro inesperado del Destino.

Mehmed (Se levanta.) Puesto que su resolución es firme, no insisto. Hasta siempre, querido Sevigné (Le tiende la mano.)

Sev. (Estupefacto.) ¿Se marcha usted sin hablarme de sir Archibaldo Folkland?

Mehmed ¿Y qué puedo decirle? Es una víctima poco interesante. Y además, eso concierne á la Embajada inglesa.

Sev. ¿Tienen ya su opinión formada? ¿Conocen los móviles probables?

Mehmed Es posible.

Sev. Creo que señalan como culpable al príncipe Cernuwitz.

Mehmed (Con una sonrisa.) La prima del muerto le acusa formalmente y me parece que lo pasará mal como alguien no intervenga... En todo caso, este es un escándalo de Occidente que no me interesa más que por reflejo... ¿Qué importa á la gloria musulmana el asesinato de un extranjero? Esto no nos incumbe á nosotros. Yo no soy más que el servidor de Su Majestad Imperial.

Sev. ¿Pero si usted supiera la verdad?

Mehmed Aun suponiendo que la sepa, no sé todavía lo que me ordenaría mi deber. No he reflexionado... El viernes almorzaremos juntos en casa de Atik Alí, según creo... Nuestro bravo guerrero admira á los soldados como usted, señor coronel. (Da un paso hacia la puerta.)

Sev. (Deteniéndole.) Mi general, este es un asunto más emocionante tal vez de lo que usted cree. En primer lugar, ¿por qué mató Cer-

nuwitz? ¿Usted conoce los detalles anteriores al asesinato?... Yo se los puedo dar. La casualidad me los ha proporcionado.

Mehmed Señor Sevigné; la casualidad es una palabra que vale para mí tanto como para usted. No es la casualidad quien proporciona los detalles... ¿Cree usted que los que yo tengo se los debo á la casualidad? Los debo á mis funciones, que me obligan á tener ojos y oídos á mi servicio sobre todos los muros de Constantinopla.

Sev. Y el asesino ¿es Cernuwitz?

Mehmed (Mirándolo fijamente.) ¿Encuentra usted algo que lo impida? Yo, por mi parte, no... Pero aun suponiendo que yo no piense como la Embajada inglesa, los deberes de mi cargo me impiden darle mi opinión.

Sev. Tratándose de acusar á un inocente...

Mehmed Yo no soy responsable del honor cristiano. Y además, señor de Sevigné, hay hombres en la vida, como el príncipe Cernuwitz precisamente, que no son inocentes jamás. Quiero decir, que si no han cometido los crímenes que se les atribuyen, cometieron otros de que no se les acusa. Así, pues, esto sería un corte de cuentas, como hubiera dicho sir Archibaldo Folkland.. Es una frase financiera... (Deja de sonreir.) Pero, ¿dónde está el error?

Sev. No es difícil encontrarlo. El error aquí, es acusar á Cernuwitz.

Mehmed ¿Está usted decidido á ejercer de policía? (Dirigiéndose hacia la ventana.) Mire usted qué hermoso está el cielo. Contemple usted la belleza del día... ¿No es esto más importante que todo lo del mundo? ¿Qué significa la desaparición de sir Archibaldo Folkland? Usted y yo, que sabemos lo que valía, podemos decirlo... ¡No significa nada! Una fealdad que se borra de la tierra. Nada más.

Sev. Sin embargo, un inocente, es un inocente... Ahora bien; yo puedo tal vez ofrecerle á usted un culpable... Le aseguro, mi general, que todo esto vale la pena de interesarse en ello... Parece que Cernuwitz mató á Archibaldo... ¿Por qué? Porque los dos estaban

juntos, solos en el pabellón... Pero puede ser que allí hubiera otro hombre, testigo improvisado de una infamia, especie de juez invisible, que súbitamente pensó que una puñalada en un corazón cobarde, era una cosa necesaria para salvar á una mujer... Esto no es más que una hipótesis, naturalmente; pero así y todo... Fíjese usted, mi general; en mi versión del crimen hay cierta elegancia de heroismo que no va muy bien con el tipo de Cernuwitz.

Mehmed Y ese hombre...

Sev. Yo reconstruyo perfectamente la escena... Después de cometer una atrocidad que venían hace tiempo preparando—y recuerdo las palabras proféticas y la advertencia que ayer me hizo usted aquí mismo—Cernuwitz y Folkland quedaron solos... ¿Matar el primero al otro? No... Apenas queda entre ellos un poco de nerviosidad, ni siquiera un remordimiento, pues no son unos malhechores vulgares... Solo sienten una ligera incomodidad, natural en dos hombres bien educados, que han hecho mutuamente, el uno delante del otro, una cosa impropia. Podrían hasta lavarse las manos moralmente. El más delicado, Cernuwitz, se va el primero. El otro queda solo. Entonces saca su cartera, una cartera grande de piel encarnada, y coloca en ella, cuidadosamente, el papel qué acaba de arrancar á su mujer; el documento que la arruina, que la deshonra, que le borra su nombre y sus derechos de madre... ¡Ha triunfado!... Pero de pronto tiene miedo. Siente que hay allí dos ojos que le miran con fijezá. Se vuelve. Y ve avanzar á un hombre, tan decidido en su amenaza, que él no se atreve á gritar ni á defenderse, á pesar de sus fuerzas hercúleas. Un gesto, una hoja de acero que penetra rápida y certera en un corazón podrido... ¡Nada más! Archibaldo se desploma, muerto. El hombre se inclina sobre el cadáver, le busca la cartera en el bolsillo, se la guarda y desaparece... Nadie le ha visto en las sombras de la noche. Más tarde, abre la cartera, saca el documen-

to firmado por lady Folkland y lo destruye... El drama ha terminado, el traidor ha muerto... No queda más que la cartera, bastante comprometedora, que el hombre ha conservado, por elegancia, por delicadeza, por si tiene dentro algunas cantidades que debe entregar al heredero, y también por si le fuera precisa como testimonio de prueba, caso de que necesitara acusarse él mismo. (Sevigné ha dicho toda la relación con una mezcla de precisión y ligereza. Al hablar de Archibaldo sacando su cartera, ha accionado con naturalidad, y en las últimas frases, ha mirado la cartera que tiene entre sus manos, dejándola después sobre la mesa con desenvoltura, sin ostentación, como la cosa más natural del mundo. Mehmed pachá queda impasible. Habla después de una ligera pausa.)

Mehmed Tiene usted una hermosa imaginación. Si no he comprendido mal, el puñal del hombre desconocido reemplaza aquí al dedo de Dios. Es el mismo Alá quien se manifiesta... Todo esto está muy bien arreglado, y en caso de necesidad ha podido ocurrir en Constantinopla. Esta es la última ciudad del mundo donde se ha refugiado lo novelesco. En Francia ó en Inglaterra, eso se llamaría de otro modo y el hombre estaría en peligro... Vea usted, mi querido Sevigné, contemple usted la ciudad con sus altas piedras, y piense usted cuánta sangre se ha necesitado para cimentarla. En esta vida no hacemos nada grande sin ensangrentarnos las manos! (Se estrechan las manos un momento. Pausa. Entra un Criado. Sevigne le interroga con la mirada.)

Criado El príncipe Cernuwitz. (Sevigné y Mehmed pachá se miran asombrados.)

Sev. (A Mehmed.) No quiero recibir á ese hombre.

Mehmed Yo en su lugar, sí le recibiría... No sabe usted á lo que viene.

Sev. (Se inclina y dice al criado.) Que pase. (Mutis el Criado.)

Mehmed (Sonriendo, en artista.) La vida, mi querido Sevigné, es algunas veces muy interesante.

ESCENA IV

DICHCS, CERNUWITZ. Entra y tiende la mano á Sevigné y se inclina cortesmente ante Mehmed pachá, que le saluda igual. Sevigné le indica una silla

Cer. Querido Marqués, le traigo á usted su libro... Este bello Racine que me prestó usted ayer y que yo hubiera querido conservar algunos días para releer á mi poeta favorito... Pero temo que las circunstancias no me lo permitan. Parece ser que la policía va á molestarme un poco... Claro es que yo me defenderé, pero en estos casos... las indagatorias, las declaraciones, el papel sellado.. en una palabra, creo más prudente que el libro quede en su casa de usted... sobre todo porque se ha dejado usted en él olvidada una carta... Ahí le entrego á usted todo y con su permiso me retiro. He de hacer aún dos visitas importantes... Debía comer esta noche con la Baronesa de Kerloff, pero después de los rumores que corren, temo ser una perturbación en su casa, y trastornar á las señoras con mi nuevo aspecto de criminal romántico... Voy á dejarla una tarjeta. Y quiero también pasarme por la Embajada inglesa. (Habla con ligereza y con una encantadora afectación de familiaridad y desenvoltura. A pesar de todo, se le nota un poco inquieto. Sevigné, muy frío, se domina para estar correcto, pero no contesta ni siquiera alarga la mano para ver qué carta ha olvidado, cuando Cernuwitz deja el «Racine» sobre la mesa.)

Mehmed Yo iré á la Embajada antes que usted, y precisamente á propósito del asesinato de sir Archibaldo.

Cer. (Con exquisita cortesía.) Encantado de que Su Excelencia se ocupe de este asunto.

Mehemd Al cual, por otra parte, es usted completamente ajeno. Aunque en principio, la policía turca no tenga por qué intervenir, yo aporto un dato nuevo y definitivo, que le disipará á usted todas sus preocupaciones... Conozco el asesino por su propia confesión.

Así pues, la instrucción está terminada antes de comenzar.

Cer. Me causa un placer infinito la noticia, mi general.

Mehmed Archibaldo Folkland fué asesinado anoche en un pabellón de su pertenencia situado en la orilla del Bósforo. Un individuo de mi policía vió entrar por la ventana, y salir después, á un hombre. Le siguió y le ha reconocido. La confesión que me hizo el asesino, fué, pues, una declaración tardía.

Cer. ¿Y ese hombre?...

Mehmed Ese hombre será ejecutado inmediatamente, hoy mismo, por orden del Sultán.

Sev. Pero...

Mehmed Era inútil someterle á un juicio. Fué ya dos veces condenado á muerte por reincidencia. Es un criminal declarado, que ha cometido muchos delitos, logrando escapar siempre. No le era preciso el asesinato de sir Archibaldo para su castigo.

Sev. ¿Y está preso?

Mehmed Desde esta mañana. Rondaba por la ribera del Bósforo, á pocos pasos del pabellón donde cometió su crimen incitado por la esperanza de un robo. (A Cernuwitz.) Voy á comunicar estas noticias á la Embajada inglesa. Ya puede usted ir tranquilamente á comer á casa de la señora de Kerloff. Hasta el viernes, señor de Sevigné, en casa de Atik Alí. Hablaremos de Francia y de los frondosos árboles de Fontainebleau. (Mutis.)

ESCENA V

SEVIGNÉ y CERNUWITZ

Sev. (Seco.) Usted dirá.

Cer. ¿Qué quiere usted que diga?

Sev. Usted no ha venido á mi casa á devolverme el libro solamente... Usted dirá.

Cer. Sí, sí... Para asegurarme de algo que suponía vagamente. Ahora, ya estoy convencido.

(Sevigné sin contestar, ni moverse, le mira fijamente á los ojos.) ¡Oh! Es una idea que se me ocurrió por casualidad al hojear ese libro. (Bruscamente Sevigné abre el «Racine» y encuentra una carta.) Una carta de usted para lady Folkland. Tuve que leerla necesariamente. Pero esa frase: «Y voy con frecuencia á soñar bajo sus ventanas», me ha parecido muy elocuente, sobre todo para explicarme el asesinato de anoche. Todo el mundo ha pensado en mí; y yo, en cambio, he pensado en usted. ¡No he dicho nada! Deseaba verle á usted antes por cortesía. En fin, todo esto no tiene ninguna importancia. El asunto ha concluído. No hablemos más ni pensemos más en ello, y bendigamos á Mehmed pachá... ¡La bestia ha muerto!

Sev. ¡Salga usted de aquí!

Cer. ¿Qué dice usted?

Sev. ¡Salga usted de aquí!

Cer. ¡Se ha vuelto usted loco! (Sevigné levanta la mano. Cernuwitz da un paso hacia él; dijérase que van á acometerse. Pero Cernuwitz recobra inmediatamente su serenidad.) Entre gentes de nuestra clase no está bien acometerse de ese modo... Pero yo estoy siempre á su disposición, por si quiere usted batirse conmigo ó por si necesita usted otro á quien asesinar. (Sale. Entra lady Folkland terriblemente pálida y se acerca á Sevigné temblando de emoción.)

ESCENA ULTIMA

SEVIGNÉ y LADY FOLKLAND

Lady Soy la más desventurada de las mujeres, pero también la más culpable. Mi castigo por no haberle á usted comprendido, será perderle para siempre.

Sev. Y ahora, ¿qué va usted á hacer?

Lady Vivir para mi hijo que usted me ha rescatado. (Le coge un mano y se la besa, sin que él pueda evitarlo.)

Sev. María...

Lady Viviré para mi hijo y me iré después lejos, muy lejos... á mi país... ¡Adiós, señor Sevigné!

Sev. (Melancólico.) Adiós, señora... La he querido á usted mucho... ¡Adiós! (Inmóvil, contemplándola alejarse. Telón.)

FIN DEL DRAMA

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.